

EL HOMBRE DE 1.500 AÑOS

GLENN
PARRISH



BOLSILIBROS
BRUGUERA

SERIE

LA CONQUISTA
DEL
ESPACIO

EL HOMBRE DE 1.500 AÑOS

Título Original: *El Hombre De 1.500 Años*

©1971, Parrish, Glenn

©1971, Editorial Bruguera, S.A.

Colección: La Conquista Del Espacio 61

ISBN: 5705547533428

Generado con: QualityEbook v0.64

CAPÍTULO I

Cuando aquel día se levantó por la mañana, Val (Valentín) Cryne, no tenía la menor idea de que su existencia iba a cambiar decisivamente.

Se aseó con los mismos movimientos monótonos y rutinarios de costumbre. Mientras se rasuraba, se contempló ante el espejo con sus miopes ojillos, situados tras unos lentes de gruesa montura.

El vidrio azogado le devolvió una imagen hartamente conocida y nada optimista: un cráneo en el que faltaba ya buena cantidad de pelo, una nariz más bien larga, flácidas mejillas y labios delgados y descoloridos.

El cuerpo correspondía más o menos con la cara: delgado, de regular estatura, tirando más bien a bajo, y desgachado. A sus treinta y siete años, Val Cryne se sentía desmoralizado.

Nunca había sido un hombre audaz. La timidez le había acompañado desde que tenía uso de razón.

Estaba soltero. Con aquella pinta, ¿quién le pedía a una chica que se casara con él?

Tampoco había tenido aventuras amorosas. No era un misógino... pero, cada vez que se miraba al espejo, su moral bajaba al nivel del suelo.

Se preguntó de quién había heredado aquella catastrófica figura. ¿De su padre?

El autor de sus días tenía setenta años y se conservaba erguido y fuerte como un roble, con la apariencia de un hombre de cincuenta o menos años. Su madre también había sido muy hermosa.

A Cryne no se le alcanzaba cómo había podido salir un hijo tan feo de un matrimonio que parecía la imagen viva de la pareja perfecta en lo físico y en lo moral. Pero así era él.

Su madre había muerto unos años antes, en un inesperado accidente,

cuando se desenganchó una acera móvil y empezó a enrollarse sobre sí misma, originando una catástrofe. El viudo se había casado a los dos años.

A fin de cuentas, no se le podía reprochar. Cuando el promedio de la vida era de ciento cuarenta años, en el siglo XXIII, un hombre de setenta no era un anciano, como en la antigüedad, sino un hombre maduro.

Pero Val había preferido irse a vivir solo. No sentía animosidad alguna contra su madrastra; antes al contrario, la apreciaba muchísimo, porque era una excelente mujer.

Las cosas, sin embargo, ya no eran como antes. Su padre había comprendido sus razones y no se había opuesto a su decisión.

Además, Val sospechaba que no le era muy grato a su padre. Las figuras de ambos hombres discrepaban tremendamente. Al señor Cryne no debía de agradarle mucho que le dijeran algo sobre un hijo cuya apariencia física podía herir su orgullo de hombre apuesto.

Era lo mejor y por eso Val se sentía contento de vivir solo.

Hasta cierto punto, claro.

Cada día sentía más la soledad. Pero, ¿qué estúpida mujer iba a querer cargar con él?

Terminado el melancólico desayuno, se fue a su trabajo.

Estuvo cuatro horas vigilando aburridamente los números que salían en una máquina.

Era toda su labor. Si había algún error en el control, los números brillarían en rojo y él no tendría más que apretar un botón para llamar al encargado.

«Estudie usted toda una carrera de psicomatemáticas para que luego le sienten delante de una máquina de control», se decía amargamente cada vez que pensaba en ello.

Salió del trabajo. Buscó un restaurante y tomó un bocadillo.

Como todos los días.

Como anteayer y ayer... y mañana y pasado... y así siempre...

«¡Qué asco de vida!», se dijo, ignorante de que el gozne del destino estaba a punto de girar de un modo decisivo para él.

Luego se fue a un parque y se sentó en un banco.

Una muchacha pasó delante de él, erguida, orgullosa, firme en su paso rítmico y gracioso, el pelo suelto al viento. Semejaba un navío de línea, navegando a todo trapo, rompiendo el viento y las espumas con el doble mascarón de proa que eran las sólidas curvas gemelas del busto.

La chica se perdió de vista. Val suspiró:

—¡Qué vida ésta!

Permaneció en el parque hasta el oscurecer. Entonces, emprendió el regreso a su casa.

Desdeñó el ferrocarril subterráneo y las aceras móviles. Al menos, mover las piernas para hacer un poco de ejercicio.

De pronto, oyó pasos detrás de él.

Volvió la cabeza. Aquellos dos individuos...

Siguió andando. La pareja continuó tras él.

Val empezó a sentir miedo. Físicamente era muy poca cosa. Jamás se había mezclado en una pelea y la idea de enzarzarse a golpes le horrorizaba.

Instintivamente, aceleró el paso.

Los otros aceleraron también. Por fortuna, Val estaba ya muy cerca de su casa y consiguió ganar el refugio.

Apenas había cerrado, oyó que llamaban a la puerta

Exploró el corredor a través de la mirilla. Sí, allí estaban aquellos dos individuos...

—¿Qué quieren ustedes? —preguntó a través del micrófono de la puerta.

—¿Es usted Valentín Federico Alberto Cryne? —preguntó uno de los desconocidos.

—Sí, yo soy.

—Abra, por favor, señor Cryne. Somos agentes del Ministerio de Relaciones Extraplanetarias.

El hombre que había hablado se retiró un paso y enseñó una tarjeta de identidad.

—¿Le convence este documento, señor Cryne? —preguntó.

Val dijo que sí.

Luego abrió.

Entonces, un chorro de vapor le dio en pleno rostro.

Gritó de rabia, pero, casi en seguida, perdió el conocimiento.

* * *

Abrió los ojos.

Se notaba rígido, envarado. ¿Dónde estaba?, fue lo primero que se preguntó.

Advirtió que estaba tendido sobre una cama. Paseó la vista por los contornos. Parecía una clínica.

El silencio era absoluto. De pronto, Val recordó el ataque de que había sido objeto.

—Conque del Ministerio de Relaciones Extraplanetarias, ¿eh? —masculló irritadamente.

La puerta de la estancia se abrió de pronto. Dos hombres, uno de ellos vestido con una bata blanca, cruzaron el umbral.

—¿Qué tal, señor Cryne? —saludó uno de los recién llegados—. Soy Alarza, del Ministerio de Relaciones Extraplanetarias. Le presento al doctor Huberti.

—Encantado —contestó el paciente, haciendo una mueca.

Huberti se volvió hacia Alarza.

—¿Qué le parece el resultado, Emilio? —preguntó.

—¡Fantástico, doctor! —dijo Alarza, muy complacido.

Val levantó una mano.

—¿Puedo hacer una pregunta? —consultó.

—Naturalmente, muchacho —accedió Huberti—. Pero hágaselas al señor Alarza.

—Adelante, Cryne —invitó el aludido.

—Dos hombres de su departamento me siguieron y me secuestraron. ¿Por qué?

Alarza sonrió.

—Amigo Val, y permítame que le llame así, tuvimos que hacerlo de esa manera, porque temíamos que, de haber actuado en forma digamos más normal, usted se habría negado a cooperar con nosotros.

—¿Cooperar? ¿En qué, señor Alarza?

—Le necesitamos, Val. Es usted el hombre adecuado.

—Le aseguro que no entiendo nada en absoluto...

—¿Ha oído hablar alguna vez de Dzanul, Val?

—Bueno, sé que es un planeta perteneciente a la Tercera Liga del Sexto Conjunto Intergaláctico, pero eso es todo lo que puedo decir —contestó el paciente.

—Quizá sepa también que Dzanul está gobernado por el Protector Barlon Ochenta y Uno, ¿verdad?

Val hizo un gesto ambiguo.

—Nunca me he preocupado de política. Protector es algo así como presidente, ¿no?

—En este caso, jefe de Estado planetario, Val. Quizá no conozca usted las costumbres de Dzanul.

—Ni idea, señor Alarza.

—En tal caso, le diré que, en la vida del Protector de turno en Dzanul, llega un momento en que es preciso buscarle un sustituto. Una persona se encarga de ello y esa persona ha de ser la adecuada para la misión, nada fácil por cierto. El siguiente Protector de Dzanul está en alguna parte de aquel planeta y alguien tiene que buscarlo, localizarlo y demostrar que es el que deberá ocupar el puesto del Protector, al fallecimiento de éste. Así lo dice la ley inmemorial de Dzanul y, por lo que se ve, es un procedimiento que ha dado resultado.

—Ah, entiendo —dijo Val.

—La persona que busque al futuro Protector ha de reunir ciertas cualidades, físicas y psíquicas, debido a que puede correr graves peligros. No suele suceder así, por supuesto; mejor dicho, no solía, pero ahora las cosas han cambiado.

—Bien, pero, ¿qué tengo yo que ver con todo esto? —preguntó Val.

—Mucho —contestó Alarza—. Mucho, porque usted es el hombre elegido para buscar y encontrar a la persona, hombre o mujer, que ocupará un día el puesto de Barlon Ochenta y Uno, como jefe de Estado planetario, con el título de Protector.

CAPÍTULO II

Val se quedó con la boca abierta.

—¿Yoooo...?

—Sí, Val, usted.

—Pero... yo no tengo la menor idea de lo que hay que hacer...

—Usted es doctor en Psicomatemáticas.

—Sí —admitió Val.

—Bien, ya tenemos la inteligencia. Se necesita fuerza física también.

Val lanzó una amarga carcajada.

—Señor Alarza, usted quiere burlarse de mí... —dijo.

Alarza no se inmutó.

—Levántese y camine hacia aquellas cortinas, Val —indicó.

Cryne apartó las ropas de la cama. Vagamente se dio cuenta de que estaba vestido únicamente con un taparrabos, pero no prestó mayor atención al hecho.

Caminó unos pasos. Se notaba insólitamente vigoroso, fuerte, con una extraña potencia muscular que no había sentido en sí jamás.

Alarza descorrió las cortinas de golpe. Detrás había un enorme espejo de cuerpo entero.

Val gritó:

—¡No, no puede ser!

Alarza y Huberti sonreían.

—Sí puede ser —dijo el primero.

—«Es» —añadió escuetamente Huberti.

Val se pasó una mano por los ojos.

—Estoy soñando...

El espejo le devolvía la imagen de un hombre de metro noventa de

estatura, unos ochenta y cinco kilos de peso y la figura de un Apolo. Tenía una abundante cabellera, de color castaño, que le llegaba hasta los hombros, y su torso era amplio y musculado.

—¡Me han trasplantado un cuerpo! —chilló de pronto, creyendo comprender.

—No, es su propio cuerpo, desarrollado y musculado por el doctor Huberti —dijo Alarza.

—Pero..., ¿cómo es posible...?

—Sería largo de explicar, Val —contestó Alarza—. Pero, si bien teníamos la mente, no contábamos, en cambio, con el cuerpo, y el doctor se encargó de proporcionarlo, desarrollándolo adecuadamente en todos los sentidos: sistema nervioso, muscular, osamenta, fuerza física... Val, ahora es usted la combinación perfecta de cuerpo y mente para encontrar al nuevo Protector de Dzanul.

—Sí, pero, ¿cómo me eligieron a mí?

—La computadora, Val.

—¿Cómo?

—Una computadora, en Dzanul, señaló que la persona adecuada para buscar al Protector estaba en la Tierra. Una segunda computadora, aquí, le señaló a usted.

Val se volvió hacia Alarza.

—¿Y por qué diablos esas malditas computadoras no buscan directamente al Protector y me dejan a mí en paz? —preguntó crispadamente.

—La mente humana es mucho más perfecta que una computadora que, a fin de cuentas, no es más que un almacén de datos. La computadora puede tomar decisiones, pero sólo hasta cierto punto. En cambio, carece de la intuición que siempre existe en un ser humano.

—Vamos, que he de buscar a ese tipo por intuición.

—En parte sí... y en parte por su propio juicio, Val.

—Pero el futuro Protector de Dzanul tendrá algunas características físicas que lo harán fácilmente identificable —alegó Cryne.

—En cuanto a eso, el actual Protector, Barlon Ochenta y Uno, se lo dirá a usted en persona cuando se entreviste con él en Dzanul,

—De modo que tengo que ir a Dzanul.

—Sí, Val.

Cryne lanzó una risita.

—¡Caramba, qué cambio! Ayer, vigilando una máquina de control.

Hoy, en cambio, dispuesto a viajar...

—¿Ha dicho ayer, Val?

—Sí, claro. ¿No fue anoche cuando me secuestraron sus agentes?

—Val, temo que está usted en un error —dijo Alarza.

Cryne le miró a través del espejo.

—Empiezo a sospechar que me han tenido algunos días dormido —dijo.

El doctor Huberti dijo:

—Val, no sólo fue preciso darle una nueva figura física, sino que, además, había que entrenar esos músculos cuidadosamente. Aunque usted no lo crea, ha estado haciendo ejercicios físicos de todas clases: saltos, carreras, lucha... Ahora es un atleta completo.

—Y también sabe pilotar una astronave y emplear todo género de armas y explosivos —añadió Alarza.

—¡Demonios! Entonces, han hecho de mí una especie de superhombre —se asombró Val.

—Casi, casi... —sonrió Huberti.

—Y todo eso... en una semana...

—¡Una semana! —bufó Alarza—. Ocho meses, Val, ocho meses.

Cryne se pasó una mano por la frente.

—Ocho meses —repitió—. Pero, entonces, me han tenido bajo hipnosis.

—Más o menos —admitió el galeno—. Lo que sucede es que se trataba de una hipnosis muy particular y usted no se acuerda ahora de lo que ha pasado. Por lo demás, puedo garantizárselo, su estado físico y mental es magnífico.

—Sí, pero han cometido un error gravísimo —dijo Val.

—¿De veras? —preguntó Alarza, muy interesado.

—¿Cuál es? —quiso saber Huberti.

—Usted me ha convertido en un tipo de fábula: fuerte, robusto, apolíneo..., pero mi mente sigue siendo la del hombre tímido que yo era. Mejor dicho, para no andarnos con rodeos: sigo con el espíritu de un cobarde. En cuanto me vea ante el menor peligro, escaparé como alma que lleva el diablo.

—No, Val, usted reaccionará adecuadamente, ya lo verá —aseguró el galeno—. Por ese lado, no debe sentir temor.

—Y lo único que puede desear es que no se le presente ningún riesgo, pero, si fuese así, usted lo desafiaría conscientemente, seguro de

superarlo.

—¡Hum! —dudó Val—. De modo que tengo que ir a Dzanul.

—Sí —confirmó Alarza.

—Podría negarme...

—No se negará.

Val se giró hacia los dos hombres.

—¿Cuándo es la partida? —preguntó.

—Todavía faltan algunos detalles por ultimar. Quizá dentro de una semana, por la Puerta Traslatoria correspondiente a Dzanul...

Súbitamente, Val echó a correr hacia la puerta.

—¡Eh! ¿Adónde va? —gritó Alarza—. ¡Espere, hombre!

—Quiero entrenarme —contestó Val—. Voy a hacerme unas pruebas a mí mismo muy distintas de las que me han hecho aquí.

Val no se molestó siquiera en abrir la puerta.

¡Blam! ¡Crash! ¡Brooom...!

El ruido fue espantoso. Alarza y Huberti cambiaron una mirada.

—No sé, pero... me parece que se me ha ido la mano en lo de la fuerza física —dijo el médico.

Alarza se echó a reír.

—Como dice un viejo refrán de mi país: «Más vale que sobre...» —dijo con sorna.

* * *

La chica era alta, muy esbelta, de largas y bien torneadas piernas y larga cabellera pajiza, que contrastaba agradablemente con el tono atezado de su piel. Vestía una pequeña chaquetilla de mangas muy cortas y shorts escasos de tejido. Val se acercó a ella.

—Hola, hermosa —saludó.

Ella le miró a través de los párpados entornados.

—Hola —contestó, con la sonrisa en los labios.

—Me llamo Val.

—Yo, Leona.

—Un nombre algo raro, ¿no?

—Es el femenino de León, Val.

—Sí, claro, según se mire... ¿Qué quieres tomar?

—Algo fresco. Hace calor.

—Es cierto. —Val agitó la mano hacia el mozo del mostrador—.

¡Dos refrescos, chico! ¡Al mío añádele un doble de coñac!

—Eres un tipo osado, Val —dijo Leona.

—Siempre he sido así —contestó él fanfarronamente.

El barman sirvió las bebidas. Val despachó la mitad de su vaso de un solo trago.

—Está bueno —dijo, chasqueando la lengua—. Oye, Leona, ¿tienes algo que hacer? —preguntó de súbito.

—¿Por qué lo dices, Val?

Cryne movió la mano en semicírculo.

—Hay demasiada gente en el local. Podríamos buscar un sitio más tranquilo, Leona.

—¿Para qué? —preguntó ella.

—¡Mujer, para hablar de las teorías filosóficas de Grabb-Lzov! —barbotó Val—. Guapa, pero dura de mollera —calificó.

—Bueno, si quieres que hablemos de la Teoría de Grabb-Lzov, deberás empezar antes por la Psociosis de Kühnke. No se puede comprender la Teoría sin antes conocer a fondo la Psociosis, como muy bien debes saber, Val.

Cryne tenía la boca abierta.

—¡Atiza, pero si entiende y todo de filosofía! —exclamó.

—Soy doctora de primer grado de Psicosociofilosofía —dijo la chica.

Val la miró de arriba abajo.

—Pues, hijita mía, cualquiera diría que te dedicas a modelo para portada de revistas —comentó.

—Tienes el mismo espíritu retrógrado de los hombres del siglo XIX —le apostrofó ella—. Una mujer guapa sólo puede ser mujer guapa y nada más, ¿verdad?

—Leona, preciosa, no quise ofenderte...

Ella dulcificó su gesto.

—No te preocupes, no eres el primero —le tranquilizó.

—Gracias, guapa. Antes te había preguntado si tenías algo que hacer.

—¡Sí, tiene mucho que hacer y no precisamente contigo! —sonó de pronto una voz bronca junto a la pareja.

Val se volvió. Delante de ellos había un hombre de estatura descomunal, más de dos metros, y casi ciento veinte kilos de peso.

—¿Quién es, Leona? —preguntó.

—No le conozco, Val —respondió ella.

El gigante alargó una mano hacia Leona.

—Cuando a Grifford le gusta una mujer, esa mujer es suya —dijo orgullosamente.

Val se achicó mentalmente. Pero, de pronto, recordó algo.

«¿Para qué diablos me sirve mi nueva identidad? ¿No dije que salía a entrenarme?», pensó.

—Grifford, muchacho, ten cuidado —dijo—. Encima de tu cabeza hay una lámpara que no parece muy segura...

El gigante cayó en la trampa.

Levantó la cabeza. Un segundo después, se levantaba todo él del suelo y, tras volar cinco o seis metros, aterrizaba violentamente sobre una mesa, que se rompió con gran estrépito.

Val se chupó los nudillos.

—Pues sí, el doctor Huberti hizo una buena faena —dijo—. Soy un superhombre, ¿verdad, Leona?

Leona no contestó.

Había desaparecido.

CAPÍTULO III

Pero a Val su nuevo cuerpo le pedía jaleo.

Grifford, avergonzado, se marchó del local. Val pidió otro refresco tan «cargado» como el anterior. Después del primer trago, miró a su alrededor y descubrió a una rubia de silueta opulenta, que le sonreía a pocos pasos de distancia.

Val le guiñó un ojo. La rubia onduló hacia él.

—Pide lo que quieras, hermosa —dijo Val. Y dio su nombre.

—Yo me llamo Elsa —se presentó ella. El barman puso otra copa. Elsa tomó un sorbo y luego tocó uno de los brazos del hombre.

—Eres fuerte, Val —elogió.

—¡Psé! Moderadamente, nada más —contestó él con modestia.

—Te has cargado a Grifford. No conozco a nadie que lo haya conseguido.

Val soltó una risita.

—Siempre hay una primera vez —dijo—. Oye, Elsa, ¿vives muy lejos de aquí?

—Dos manzanas solamente, Val.

—De acuerdo.

Val le guiñó un ojo de nuevo. Luego alargó el brazo.

—¡Eh, tú, tráeme una botella de lo mejor! —pidió.

El *barman* se la sirvió en seguida. Val le recompensó con un billete de a diez.

—Eres generoso —se admiró Elsa.

—¿De qué sirve el dinero si no se puede uno divertir con él? —contestó Val, fingiendo indiferencia.

Ciertamente, no era rico ni mucho menos, pero habían sido muchos años de trabajar sin apenas alicientes ni perspectivas. Tenía algunos

ahorritos y, ahora que había cambiado de figura, estaba dispuesto a no permitir que aquel dinero se enmoheciese en el Banco.

Agarró la botella con una mano y a Elsa con la otra y salieron a la calle.

Momentos después, entraban en el piso de la rubia. Elsa dijo que iba a retocarse un poco.

—Muy bien, preciosa; yo descorcharé la botella mientras tanto.

Elsa tenía un aparato con radio y televisión. Era un modelo muy común; había miles de millones de ejemplares. Val conectó la radio y buscó hasta encontrar una emisora con música ligera.

—¡Taratata..., durudududú...! —acompañó a la música, mientras destapaba la botella y movía todo el cuerpo al mismo tiempo.

Empezó a pensar. La operación realizada por Huberti había tenido unos efectos mucho mayores de lo que pensaba su autor. Le había transformado el cuerpo, pero también la mente.

«Ocho meses antes, ni siquiera me hubiera atrevido a mirar a la cara a una mujer como Elsa», se dijo.

Ahora se notaba audaz, osado, irresistible. Probó un poco de su copa; era un buen coñac.

Elsa apareció a poco, la cabellera suelta hasta la cintura, envuelto el cuerpo exuberante en una bata de tejido muy fino, que velaba mal sus prodigios encantos.

—Toma, hermosa —dijo él, ofreciéndole la copa—. Bebe y alégrate.

Elsa le dirigió una mirada incendiaria.

—A tu salud, cariño —dijo con voz que era una caricia.

Val vació su copa de un solo golpe. La dejó sobre la consola y luego extendió los brazos hacia Elsa.

Pero no llegó a abrazarla. Quedó un momento así, rígido, completamente inmóvil. Luego, de pronto, dio dos rápidas vueltas sobre sí mismo y levantó la pierna derecha, situándola en ángulo recto con la otra. A continuación, poco a poco, se inclinó hacia atrás hasta caer sin sentido sobre la alfombra.

Elsa se quedó mirándolo fijamente, con la sonrisa en los labios.

—¡Cielos! —dijo—. Nunca había visto que ese narcótico causara semejantes efectos en un hombre.

Y se dirigió hacia la puerta.

Val pensaba.

Algo le había sucedido, evidentemente. ¿El alcohol?

En verdad, estaba poco habituado a la bebida. Sentíase flotar en una atmósfera de nubes espesas, alternativamente bramadoras y silenciosas. Le parecía que alguna sustancia extraña había explotado dentro de su cuerpo, derribándole al suelo fulminado.

Quería moverse, pero se sentía impotente como un recién nacido. El comentario de Elsa, sin embargo, llegó con toda claridad a sus oídos:

—¡Cielos! Nunca había visto que ese narcótico causara semejantes efectos en un hombre.

«Luego, estoy narcotizado», pensó.

A través de los párpados entornados, vio a Elsa que se dirigía hacia la puerta, que abrió de inmediato.

—Pasad —dijo la rubia.

Dos fornidos individuos entraron en el piso.

—¿Lo has conseguido? —preguntó uno.

—Fue sencillo, un juego de niños —rio Elsa.

—Es un buen narcótico —dijo el otro.

—Fulminante —añadió su compañero.

—Habrà que darle las gracias a Jacobo —manifestó Elsa.

—¿Qué hubiera pasado si no hubiese pedido la botella? —preguntó uno de los recién llegados.

—Hombre, qué cosas dices —se ofendió la rubia—. Entonces, la habría pedido yo.

—Elsa tiene razón —gruñó el otro—. Él está aquí, así que, ¿para qué preocuparnos más?

—¿Os lo vais a llevar? —preguntó Elsa.

—No querrás que te lo dejemos para adorno, ¿verdad? —estalló una sonora risotada—. Vamos, tú, Elmer, ayúdame.

Los recién llegados se inclinaron sobre el caído. Val comprendió que se lo iban a llevar de allí... ¿adonde?

«A ningún sitio bueno», fue la respuesta que se otorgó a sí mismo inmediatamente.

Se concentró en sí mismo. Forzó su mente.

Elmer y el otro le levantaban ya.

—¡Rayos, pesa como un muerto! —se quejó Elmer.

Val aumentó su concentración.

«¡Fuera de mi cuerpo, maldita droga! ¡Vete, largo de mi

organismo!», ordenó con una tremenda concentración mental.

Elmer lanzó de pronto un agudo grito:

—¡Eh, mirad, el cuerpo de Cryne está despidiendo vapor por todas partes!

Elsa chilló. De súbito, Val se sintió libre de toda inhibición.

La droga había sido expulsada de su organismo, convertida en vapor, que ya se había mezclado con la atmósfera.

Extendió los brazos. Elmer y el otro rodaron por el suelo.

Elmer fue el primero en levantarse y cargó contra Val. El joven le dejó acercarse. Cuando lo tuvo casi encima, alargó el brazo derecho.

Su mano se apoyó en el pecho de Elmer. Luego hizo fuerza, empujando hacia adelante.

Elmer retrocedió a la carrera, como disparado por un potentísimo muelle, alcanzó un tabique y lo hizo saltar con aterrador estrépito, pasando a la habitación contigua, en donde quedó inmóvil, completamente sin sentido.

Una nube de yeso y cascotes se extendió sobre parte del suelo de la estancia. Elsa tenía la cara completamente blanca.

El otro individuo se puso en pie. Val saltó sobre él y lo agarró por el cuello y los fondillos de los pantalones.

—¡A volar, pajarraco!

Se oyó un espantoso chillido. El sujeto atravesó el boquete abierto por Elmer, pasó por encima de éste y aterrizó sobre una cama, que se deshizo en astillas ruidosamente. Luego, su cabeza chocó contra el otro tabique y en el acto perdió todo interés por las cosas terrenales.

Acto seguido, se volvió hacia Elsa.

—Y ahora, tú y yo...

Val se calló.

Miró torvamente a la rubia. Ella le apuntaba con una pistola de aspecto nada tranquilizante.

—No..., no quiero que me hagas nada —dijo Elsa, con un castañeteo de dientes perfectamente audible. Estaba claro que tenía un miedo espantoso.

La pistola descargaba proyectiles colapsantes. Elsa le apuntó al centro del pecho.

Val se dispuso a saltar hacia la rubia. De repente, se oyó un fuerte chasquido.

La pistola voló de las manos de Elsa, de cuya garganta brotó un grito

de rabia. Val volvió la cabeza.

La puerta estaba entreabierta todavía. Alguien había disparado un proyectil espasmódico a través de la abertura.

Val se lanzó hacia la salida. Abrió.

Una figura humana se divisaba al fondo del corredor. Val apreció el revoloteo de unos ropajes de corte netamente femenino, pero, casi inmediatamente, la mujer desapareció en el ascensor.

Cerró de golpe. El tabique vibró, amenazando con romperse.

Luego se acercó a Elsa. Ella extendió las manos, suplicante.

—¡No..., no, por favor! —suplicó, aterrada—. No me pegues, Val...

Cryne tomó uno de sus brazos.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó.

—Me..., me dieron dinero...

—¿Quién?

—¿Quién? —rugió Val.

—Ja... Jacobo.

—¿El mozo de mostrador del *Eury's*?

—Sí...

—¿Por qué?

—No lo sé... Él me dijo que debía procurar traerte a mi casa. Si no la pedías tú, yo tenía que pedir una botella. Elmer y su compañero se encargarían del resto. Yo..., yo creía que sólo se trataba de robarte el dinero...

—Y por dinero aceptaste tú, ¿no es así?

—Me dio cien solares —declaró.

—Pero luego quisiste matarme.

—Tenía miedo, te lo juro. Val.

—No me extraña —Val hizo una mueca—. También yo me doy miedo a mí mismo. ¿Quieres un consejo, Elsa?

—Sí, sí, lo que tú digas, Val...

—Bien, cuando despierten ese par de pájaros diles que me marché y que no sabes adonde he ido. No les digas que me has mencionado a Jacobo o te lo harán pagar caro.

Acto seguido, se dirigió hacia la puerta. Abrió y cerró de golpe. Medio tabique se vino abajo, resentido del anterior portazo, con tremendo fragor.

Elsa se desmayó de pánico.

CAPÍTULO IV

Val estaba muy preocupado.

Su fuerza física era descomunal. Pero, ¿la necesitaba para buscar al futuro Protector de Dzanul?

¿Y el poder de su mente?

Había expulsado el narcótico en cuestión de segundos. Su cerebro había influido poderosamente sobre el organismo, convirtiendo en inofensivo vapor una droga narcótica, de acción casi instantánea.

Pero había otras cosas que también le preocupaban. Había sido objeto de un intento de secuestro.

¿Por qué y por orden de quién?

Resultaba evidente que Elmer y su compinche no eran sino unos asalariados. ¿Del *barman* del *Eury's*?

¿Y la mujer que le había salvado de la descarga colapsante?

Ella había usado proyectiles no mortíferos. El proyectil espasmódico causaba en el cuerpo humano los mismos efectos que una fuerte descarga eléctrica o un latigazo. No era agradable, sin embargo, recibir uno de aquellos proyectiles.

Se preguntó si todo lo que le había sucedido estaba relacionado con la misión de búsqueda del futuro Protector de Dzanul.

Momentos después, llegaba a la puerta del *Eury's*.

Recorrió con la vista el mostrador, sin llegar a entrar en el local. Jacobo ya no estaba.

De pronto, le vio salir de una puerta, dirigiéndose hacia la de salida. Rápidamente, se apartó a un lado.

Jacobo salió a la calle y echó a andar. Val le siguió prudentemente.

Camaron un centenar de metros. Jacobo dobló una esquina y siguió andando. Val observó que no parecía haberse percatado de la

persecución de que era objeto

Al cabo de unos minutos, Jacobo entró en una casa. Val le siguió.

Momentos después, Val pegaba el oído a una puerta. Jacobo estaba usando el teléfono con pantalla de televisión.

—Listo, señor —decía—. Le di la botella «tratada» y una buena amiga mía se lo llevó a su casa. A estas horas, Elmer y Bobby Laid están camino de la cita. Con él, naturalmente.

Se oyó un «click». La comunicación había terminado.

Val llamó a la puerta. Jacobo abrió poco después.

—¿Qué tal? —saludó Val con amabilidad.

* * *

Jacobo abrió y cerró la boca varias veces, sin conseguir emitir otra cosa que unos gorgoteos ininteligibles. Val le empujó levemente con el índice, haciéndole entrar en el piso.

—Tenemos que hablar, Jacobo —dijo.

El *barman* estaba despavorido. De pronto, reaccionó y corrió hacia una consola.

Abrió un cajón. Una pistola colapsante apareció en su mano, pero, de súbito, sintió que se la arrebataban.

Jacobo volvió la cabeza. Mirándole, con la sonrisa en los labios, Val agarró la pistola con ambas manos y curvó el largo cañón en U.

El *barman* se tambaleó. Aquella demostración de fuerza le dejó tan débil como un chiquillo.

—¿Quién es? —preguntó Val.

—No lo sé —lloró Jacobo—. Vino al *Eury's* y me dio dinero...

—¿Qué aspecto tiene?

—Alto, delgado, de cejas picudas y nariz ganchuda... Acento extranjero...

—¿No dio ningún nombre?

—No, señor.

—¿Dónde era el lugar de la cita, Jacobo?

—A..., a seis kilómetros al sudeste de Farcey Cross... Una casa abandonada...

—Elmer y Bobby, ¿trabajan para él?

—No, son amigos míos. Yo... se lo propuse y aceptaron...

—¿Por cuánto?

—Doscientos cincuenta solares cada uno. El hombre me dio mil por el trabajo.

—Está bien, Jacobo —sonrió Val—. Voy a darte un consejo y te aseguro que me lo agradecerás durante todos los días de mi vida. ¿Me entiendes?

—Sí..., sí, señor.

—Olvídame, Jacobo. Para siempre.

Val no pudo resistir a la tentación de hacer otra demostración de fuerza. Otro tabique se vino abajo al portazo que pegó en el momento de salir.

Jacobo no se desmayó como Elsa, pero le faltó poco.

* * *

Si las indicaciones del mozo del *Eury's* eran ciertas, aquella era la casa donde aguardaba el hombre de aspecto mefistofélico.

Val se apeó del helicóptero que le había llevado hasta allí. En realidad, era un aparato movido por motor antigravedad. El nombre de helicóptero era más bien debido a la rutina.

Se acercó a la casa. Desde el exterior, parecía deshabitada.

Todas las luces estaban apagadas. Pero había alguien en su interior.

El bien desarrollado oído de Val captó rumor de voces. Una mujer se quejó:

—¡Brutos!

Val se puso rígido.

—Parece... —musitó.

—Celebro mucho haberla sorprendido, señorita Mallee —dijo un hombre, de voz sarcástica—. Esto clarifica las posiciones, creo.

—¿Seguro, señor Uss? —preguntó ella.

—¿Es que no lo ve? Pero me gustaría que me dijera cómo ha conseguido localizarnos.

—Pregunté a un guardia y me lo dijo —respondió Leona con desparpajo.

Val se echó a reír.

«Una chica de temple», comentó para sí.

—Está bien, si no quiere hablar... Kturr, otra vez.

Se oyó un leve chasquido. Leona gritó de nuevo.

—¡Salvajes!

Val optó por intervenir. Agarró el pomo de la puerta y lo hizo saltar de un tirón. Luego pegó un puntapié.

—¡Tarará! —gritó—. ¡Ya está aquí la Caballería!

Los tres hombres que se hallaban en el interior de la casa y Leona volvieron los ojos al mismo tiempo hacia la entrada.

—¡Val! —gritó la chica.

—¡Hola, preciosa! —contestó él—. ¿Por cuál de los tres empiezo?

Grifford se adelantó un paso.

—Antes me cogió desprevenido —dijo—. Vamos a ver si ahora repite la misma operación.

—Claro que sí, muchacho —sonrió Val—. Anda, acércate.

En aquel momento, el hombre de la nariz ganchuda sacó una pistola colapsante y apuntó hacia Val.

Leona estaba sentada en una silla, a la cual la habían sujetado por medio de unas cuerdas, pero tenía las piernas libres. Levantó la derecha y golpeó la mano del individuo.

La pistola se disparó. Sonó un agudo grito.

El otro sujeto se desplomó, fulminado por la descarga colapsante. Val no lo pudo ver, ocupado en recibir la carga de Grifford.

El gigante se le echó encima. Val lo dejó llegar hasta él y se inclinó ligeramente. Los brazos de Grifford se cerraron en el vacío, pero las manos de Val apresaron la cintura del gigante.

Grifford se sintió alzado en vilo. Chilló, manoteó y perneó frenéticamente, pero todo fue inútil. Convertido en un obús humano, atravesó la puerta y fue a parar a veinte pasos de distancia.

Val se volvió de nuevo, dispuesto a enfrentarse con el hombre de la nariz ganchuda.

—¡Se ha ido! —dijo Leona.

Val corrió al exterior. Un helimóvil alzaba el vuelo en aquel momento a toda velocidad.

Era inútil perseguirlo, se dijo. Entró de nuevo en la casa y rompió las ligaduras que sujetaban a la muchacha.

—¿Está bien? —le preguntó.

—Sí, gracias —contestó Leona, frotándose las muñecas—. Pero, ¿cómo...?

—Ya le explicaré luego. La torturaban, ¿no?

—En efecto. Descargas espasmódicas, a mínima tensión.

—¿Quién era el hombre de las cejas en pico, Leona? —Morgan Uss.

—No le conozco —observó Val.

—No es terrestre. Es de Dzanul.

—¿Y qué hace aquí, si es que se puede saber?

Leona suspiró.

—Tratan de eliminarle, Val —contestó.

—¿A mí? —se sorprendió él—. ¿Por qué?

—Le han asignado una misión, ¿no?

—Sí, aunque... no sé si la llevaré a cabo todavía

—Ya no puede volverse atrás, Val. Tiene que seguir adelante —dijo

Leona.

—¿Qué sucedería si me negase a ir a Dzanul?

—¿Quiere poner a mi planeta al borde de la ruina?

Val se sobresaltó.

—¿Cómo? ¿Usted es de Dzanul? —dijo, atónito.

Leona se atusó el cabello.

—En efecto, Val.

—Pero su nombre...

—Mi abuela materna era terrestre y se llamaba como yo.

—Ah, entiendo. Bien, y usted dice que es absolutamente necesario que yo viaje a su planeta.

—Sí, Val. —Ella le miró suplicantemente—. Tiene que ir allí, porque usted es el único que, según la ley, puede encontrar y designar al que ocupará el puesto de Barlon Ochenta y Uno.

CAPÍTULO V

Alguien dejó caer sobre el durmiente el contenido de una jarra llena de agua fresca. Val lanzó un aullido y se sentó en la cama.

—Despabílese, Cryne —dijo Alarza.

Val se secó la cara con una punta de la sábana.

—Tan bien que dormía... —se lamentó.

—Claro, claro... Después de una semana de juerga continua, el cuerpo pide descanso, ¿no?

—Hombre, según se mire —sonrió Val—. Los primeros seis días fueron fantásticos. Pero el séptimo...

—El séptimo no lo dedicó precisamente a descansar —dijo Alarza malévolamente—. ¿Cuándo piensa partir hacia Dzanul?

Val apartó las ropas de la cama y se dirigió a la ducha.

—Estoy a sus órdenes, jefe, pero antes quiero que me diga una cosa —pidió.

—Lo que sepa y pueda —replicó Alarza.

—Tiene que saber y poder —dijo Val. Abrió el grifo del agua fría—. ¿Quién es Morgan Uss?

—¿Ha dicho Uss?

—¡Sí! ¡Grite más, no le oigo bien! —pidió Val, mientras se friccionaba el cuerpo enérgicamente.

—¿Cómo? ¿Es que está aquí ese tipo?

—Sí. Tuve el dudoso honor de intentar ser secuestrado por él. Más tarde, sostuvimos una pequeña refriega. Hubo un muerto.

—¡Atiza! —dijo Alarza.

—Bueno, ¿es que no me contesta?

—Val, yo no estaba enterado de la presencia de Uss en la Tierra.

—¿De veras? ¡Buen jefe de servicio secreto es usted! —comentó Val

mordazmente.

—Mi cargo es muy distinto —alegó Alarza—. Yo pertenezco a...

—Ya sé, ya sé. —Val cerró el grifo del agua y abrió el del aire caliente para secarse—. Pero su departamento y el de información podían tener mejores conexiones, ¿no cree?

—Val, si nuestro servicio de Información Extraplanetaria hubiera captado la presencia de Uss en la Tierra, ¿no cree que le habríamos seguido los pasos?

—Tal vez sí, tal vez no... Puede que sea un individuo muy astuto.

—Y terriblemente escurridizo.

—Oh, yo no diría tanto —contestó Val con acento voluble—. Ya ve, a mí no me costó casi nada dar con él.

—Porque Uss le buscaba a usted. Lo que pasa es que debió de venir bajo nombre falso. Y quizá, también, con otra apariencia física.

—Es probable.

Val salió del baño y empezó a vestirse.

—De modo que quisieron secuestrarle, Cryne —dijo Alarza,

—Así es, jefe. Oiga, ¿sabe que el tratamiento del doctor Huberti ha dado resultados fantásticos?

—Bueno, no hay más que verle...

—Jefe, no es sólo la figura, sino la colosal fuerza física que me ha conferido, además de una increíble potencia mental.

Val terminó de vestirse y se acercó a la dispensadora de alimentos. Marcó en el indicador café, tostadas y fruta y, tras pensárselo un poco, añadió dos filetes y cuatro huevos fritos.

—Estoy rabiando de hambre —confesó jovialmente.

Luego relató sus peripecias. Alarza se quedó pasmado al oírle.

—Es fantástico —dijo, cuando él hubo terminado de hablar.

—Yo me pregunto si el doctor no se habrá pasado de la raya y ha creado un monstruo, en lugar de un superhombre —dijo Val.

—No sé... Hablaré con él, se lo prometo.

—Bien, jefe, pero aún no me ha dicho quién es Uss.

—Ah, es verdad —contestó Alarza—. Yo diría que es el jefe de la oposición en Dzanul, aunque pase sólo por ser uno de sus dirigentes.

—De modo que hay oposición en Dzanul.

—Sí, ha surgido en los últimos tiempos.

—Bien, ¿y a qué se oponen, si es que se puede saber?

—Sencillamente, a la designación del futuro Protector por el método

tradicional.

—Ah, entiendo —dijo Val, embaucándose medio filete de un bocado—. Siga, jefe —pidió con la boca llena.

—Uss y los suyos piden que se cambie el sistema de designación de Protector —habló Alarza—. Quieren hacerlo por procedimientos modernos.

—Elecciones, ¿no?

—En efecto. No se oponen al sistema de gobierno, sino a la forma de elegir la figura máxima.

—Ah, voy comprendiendo.

—Y los partidarios de Barlon Ochenta y Uno insisten en seguir manteniendo el método tradicional, inmemorial desde hace cientos o tal vez millares de años. Ahí está el quid de la cuestión, Val.

—Ya —dijo el joven—. Pero, en tal caso, ¿por qué aceptaron ustedes tomar parte en el juego?

—Hay un tratado entre los dos planetas. Nos obliga a ello.

—¿Cómo?

—Fue una cláusula que incluyeron los dzanulitas al firmar un pacto de amistad y cooperación con la Tierra hace unos sesenta años. Lo hacen siempre que firman un tratado análogo con cualquier planeta.

Val soltó una risita.

—Seguramente, quienes firmaron el tratado tomaron a broma esa cláusula, pero ahora el Departamento de Asuntos Extraplanetarios se encuentra con que le ha pillado el toro —dijo.

—Así es —reconoció Alarza melancólicamente—. Y no nos queda otro remedio que cumplir con lo acordado en el tratado.

—Esto va a resultar muy divertido —dijo Val—. Iré a Dzanul..., pero el futuro me preocupa, jefe.

—¿Por qué? —preguntó Alarza.

—Ya no soy el que era —respondió Val—. He cambiado de modo radical... y no temo tanto por mí como por mi descendencia.

—¡Pero usted es soltero!

—Alguna vez me casaré, ¿no? —sonrió Val. Se puso en pie—. Bien, voy a echar los platos vacíos al expulsor de desperdicios. Tengo que salir.

—¿Hacia Dzanul?

—Eso será mañana. Antes tengo que hacer una visita.

Leona abrió la puerta. Sus grandes ojos oscuros contemplaron la silueta del hombre que tenía frente a sí.

—Entre, Val —invitó.

—Gracias, Leona.

—No tengo nada a mano, pero si quiere, pediré algo al bar del hotel.

—Gracias; he desayunado hace poco. Leona, acaban de contarme cosas muy interesantes que usted no me quiso decir ayer.

Ella se sentó en un diván y escondió las piernas bajo el cuerpo.

—¿Por ejemplo?

—La... división de opiniones que existe actualmente en Dzanul, por llamarlo de algún modo.

—Ah, entiendo. Usted se refiere a la actitud de Uss y los suyos.

—Sí, justamente.

Leona se encogió de hombros.

—No se puede evitar, Val —contestó.

—Pero, ¡caramba!, es que yo puedo resultar afectado por esas opiniones —protestó él—. De hecho, ya lo he sido, usted lo sabe bien.

—Sí, lo sé. ¿Por qué se cree que estoy aquí?

—Dígamelo, Leona.

—Se me encargó su protección, Val.

El joven enarcó las cejas.

—¿Usted... tiene que protegerme? —exclamó.

—¿No lo ha visto? Le salvé cuando Elsa iba a disparar contra usted. En realidad, a quien yo tengo que proteger es al elegido para encontrar al futuro Protector. Da la casualidad de que es usted. Val.

—Entonces, por eso estaba en el *Eury's*.

—Efectivamente. Ya llevaba seis días detrás de usted. ¡Qué fatiga! ¿Es que no se cansa nunca?

Val sonrió.

—Leona, usted no me conoció antes —dijo—. Estaba disfrutando de mi nueva personalidad.

—Sí, conozco sus antecedentes. Me los facilitó Alarza... y comprendo que sintiera la necesidad de un poco de desahogo.

—Gracias, es usted muy gentil. Pero hablando del tema que nos ocupa, ¿no le parece un tanto ridícula la actitud de Uss y sus compinches?

—¿Por qué había de serlo, Val?

—Ellos dicen que quieren que la elección del nuevo Protector se haga por otros métodos. Bien, si es así, ¿por qué tratan de impedir que yo vaya a Dzanul?

Leona se quedó cortada.

—Pues... —y no supo qué decir.

—Tratan de emplear procedimientos nuevos, pero creen en el antiguo.

—Es cierto. No había dado en ello, Val. Le aseguro que ahora no entiendo los propósitos de Uss.

—A mí me parece que sí los comprendo —dijo Val con sorna—. Pero ahora, dígame otra cosa. Leona.

—Sí, Val.

—He de buscar al futuro Protector. ¿De qué tiempo dispongo?

—Sin límite, Val.

—Y... ¿cómo lo reconoceré cuando lo encuentre? ¿De qué manera podré afirmar en público: «¡Ciudadanos de Dzanul, he ahí a vuestro futuro Protector! Y, por último, ¿me creerán cuando señale al nuevo jefe de Estado?

—Val, voy a decirle una cosa.

—Sí, Leona.

—Aguarde a llegar a Dzanul. Barlon Ochenta y Uno se lo explicará en la entrevista personal que ha de sostener con él. Forma parte del rito, ¿comprende?

Val se resignó.

—Si no hay otro remedio...

—Yo podría decírselo, pero creo que es mejor —contestó Leona, sonriendo dulcemente—. Y ahora, ¿por qué no dejamos de lado las preocupaciones y nos vamos a divertir un poco? Conozco muy poco este planeta y puesto que tengo que marcharme mañana, me gustaría aprovechar las últimas horas de mi estancia en la Tierra.

Los ojos de Val brillaron extrañamente.

—Leona, puede que yo no sea el guía más adecuado, pero te aseguro que no lo pasarías mejor con otro —respondió.

* * *

Emilio Alarza se paseaba nerviosamente bajo la encristalada bóveda de la Estación de Traslación Instantánea. De cuando en cuando, consultaba

su reloj y murmuraba en voz baja.

Había una docena de guardias armados en las inmediaciones. Alarza había juzgado conveniente proteger la partida de Val.

Un empleado se le acercó.

—Señor Alarza, se está acercando la hora de su pasajero —dijo.

—¿Cree que no lo sé? —gruñó Alarza malhumoradamente—. Pero no puedo desdoblarme y...

—¡Yupiiii...! —se oyó repentinamente un grito en las cercanías.

Alarza se volvió. Un juramento escapó de sus labios.

Val llegaba haciendo eses, con una botella mediada en la mano. Después de lanzar el alarido, empezó a cantar una canción de letra satírica e impublicable.

—Hola, Emilio —dijo, tartajando—. ¿Qui... quieres un traguito? Es coñac del bueno...

Alarza estuvo a punto de echarse a llorar.

—Y pensar que de este tipo depende el futuro de Dzanul —se lamentó.

—Venga, hombre, echa un trago...

El empleado se acercó de nuevo a Alarza.

—Le advierto que el señor Cryne no podrá partir —dijo—. Los reglamentos son muy severos al respecto. El viajero debe abstenerse de toda clase de alcohol desde veinticuatro horas antes de la partida, por lo menos. Quebrantar esta regla, supondría, casi seguramente, su muerte, señor Alarza.

El aludido empezó a tirarse de los pelos y a lamentarse amargamente de su perra suerte. Por contra, Val reía estrepitosamente.

—Emilio, sólo le falta arrojarse ceniza por encima de la cabeza y... ¡hip!, rasgarse las vestiduras. A... aguarde un momento, ho... hombre.

Val cerró los ojos. Sus músculos se contrajeron y sus facciones se atirantaron.

Pasaron algunos segundos. De súbito, una nube de vapor brotó del cuerpo de Val.

—¡Uf! ¡Qué peste de alcohol! —dijo Alarza, manoteando como para aclarar el ambiente.

Val abrió los ojos y sonrió.

—Listo —dijo—. En este momento, ya no queda dentro de mí ni una sola molécula de alcohol.

Alarza se sentía admiradísimo, pero no estaba para perder tiempo.

—Vamos, vamos, a la máquina —dijo, con gran vehemencia.

CAPÍTULO VI

Los dos hombres se acercaron al aparato que, en unos segundos, trasladaría a Val a un planeta lejanísimo. El empleado se les unió, para proceder a ultimar los detalles finales.

—¡Un momento! —dijo Val de repente.

Alarza le miró asustado.

—¿Qué diablos le pasa ahora? —preguntó.

—¿Ha sido revisado el cuadro de controles? —preguntó Val.

—Por supuesto, señor —declaró el empleado.

—No me fío. Quiero verlo yo mismo.

—¡Pero, Val! —gritó Alarza, exasperado.

—Insisto —dijo el joven.

—Usted no entiende...

—¡No sea burro, Emilio! —le apostrofó Val con todo descaro—. Una de las semitesis del doctorado de Psicomatemáticas, incluye un estudio sobre las máquinas de traslación instantánea. Y yo aprobé mi doctorado *cum laude*. ¿Sabe lo que quiere decir eso, Emilio?

—Sí, señor, con las máximas calificaciones —suspiró Alarza—. Vamos al control.

Abandonaron la plataforma de lanzamiento y entraron en una cabina encristalada, donde había un sujeto con uniforme anaranjado, esperando la orden de proceder.

Val se acercó al cuadro de mandos.

—¿Analizador de estructura molecular? —preguntó.

—Ajuste correcto, señor —contestó el operador.

—¿Coordenadas?

—Ajustadas con toda exactitud en el espacio y el tiempo.

—¿Qué me dice de la tensión?

—Correcta, señor.

—¡Hum!

—Val, ¿por qué ese «¡hum!»? —preguntó Alarza, intrigado.

—La aguja está en su sitio, pero...

Val se volvió hacia el otro empleado.

—Traiga un verificador —pidió.

—Pero, señor Cryne, yo mismo comprobé esta mañana...

—¡Traiga el verificador! —bramó el joven—. El que tiene que utilizar este maldito cacharro soy yo, ¿estamos?

El empleado escapó a la carrera. Momentos después, volvía con una caja oblonga en las manos, que tenía casi el tamaño de un maletín de viaje.

—Traiga acá —dijo Val, arrebatándole el aparato, que colocó de inmediato sobre un espacio adecuado del tablero de control.

Lo primero que hizo fue levantar la tapa posterior. Examinó la complicada maraña de cables y aparatos y circuitos que había en su interior, mientras Alarza le contemplaba con ansiedad no disimulada.

—Unos alicates —pidió Val poco después.

Alarza se dio cuenta de que el joven tenía las facciones contraídas y empezó a sospechar lo peor.

Llegaron los alicates. Val hizo unos cortes por aquí, empalmó allá, suprimió un par de circuitos, que tiró despectivamente a un lado y, después de terminar, dio la vuelta al artefacto y levantó la tapa superior.

Extrajo los cables de conexión de control y los empalmó en los orificios correspondientes.

—Claro —dijo—, lo que yo sospechaba. No sólo ha sido manipulado el control de traslación instantánea, sino también el verificador de controles.

—¿Eh? —dijo Alarza, atónito.

—Lo que oye, Emilio. La tensión que marcaba el indicador era, aparentemente, correcta, pero, en realidad, enviaba a la plataforma de traslado un doce por ciento menos de lo adecuado. ¿Sabe lo que habría pasado entonces?

—No, dígamelo.

—Bueno, se dice que los habitantes de Tutmor Alfa son antropófagos. Pero hoy día, hasta los antropófagos se modernizan y los tutmorianos se habrían encontrado con una pasta de carne humana

deliciosa, para untar en sus rebanadas de pan cocido...

Alarza se tapó la boca con la mano.

—¡Basta, basta, por el amor de Dios! —rogó, con el estómago revuelto—. Pero, ¿quién diablos ha hecho esto?

Val miró a derecha e izquierda.

—Emilio, ¿se da cuenta de una cosa?

—¿Qué, Val?

—Nos hemos quedado solos.

—¿Eh?

—Esos dos empleados habían preparado el pastel para quitarme de en medio —afirmó Val.

Alarza lanzó un atroz juramento. Luego echó a correr.

Val le siguió también.

—¡Allí van! —dijo, señalando a dos individuos que corrían desesperadamente hacia la salida de la estación.

Los fugitivos alcanzaron un helimóvil y se metieron en su interior. El aparato se elevó de inmediato, pero, apenas había llegado a cien metros de altura, se produjo una tremenda explosión.

El helimóvil saltó en pedazos. Dos cuerpos, horriblemente destrozados, fueron despedidos al vacío y se estrellaron contra el suelo.

Alarza se apoyó en uno de los hombros de Val.

—Si esto sigue así por mucho tiempo, voy a encanecer —dijo, casi llorando.

—Pues imagínese cómo estoy yo, que soy el protagonista —masculló el joven.

—Estaban a sueldo de Uss, no cabe duda —aseguró Alarza—. Pero, ¿cómo ha explotado tan oportunamente?

—Bueno, un momento u otro habrían terminado su horario de servicio, ¿no? Entonces, al regresar a casa, habrían tomado ese helimóvil y hubieran acabado como han acabado ahora. Lo único que ha sucedido es que el fin de dos canallas se ha anticipado un poco, eso es todo.

El director de la estación llegó y se disculpó ante los dos hombres, proclamándose inocente de lo sucedido. Alarza aceptó las disculpas y apremió al, hombre para que el traslado de Val se hiciese lo antes posible.

—De acuerdo, señor Alarza; ahora mismo... y yo en persona, manejaré el control...

—Espere —dijo Val—. ¿Tiene usted noticias de la señorita Mallee?

—Partió hacia Dzanul hace ya bastante rato, señor Cryne —contestó el director.

—Es extraño —comentó Val—. Creí que iríamos juntos..., bueno, quiero decir, en envíos inmediatamente sucesivos...

—Supongo que todo se habrá desarrollado con absoluta corrección, señor Cryne.

—Supone usted demasiado, amigo mío —contestó el joven con voz cortante.

A Alarza se lo llevaban los diablos.

—Pero, Val, ¿es que no se va a ir nunca? —clamó, al borde de la desesperación—. Deje a esa chica en paz...

—No puedo, Emilio. Pienso en lo que pudo ocurrirme y no me agradaría que Leona hubiese muerto horriblemente. Si eso es así, le aseguro que haré pedazos a Uss.

Volvieron al control. Val presionó la tecla de control de memoria de los viajes realizados con anterioridad.

Una pantalla alargada se iluminó y en ella surgieron una serie de cifras y letras, que el joven estudió con toda atención. De pronto, lanzó un grito:

—¡Maldición! ¡Ha ocurrido lo que yo me suponía!

—¿Qué ha pasado, Val? —preguntó Alarza.

—Leona. Está en Tutmor Alfa.

—¿Cómo?

—Sí. La han mandado allí, para deshacerse de ella. Se volvió hacia el director de la estación.

—Yo también quiero ir a Tutmor Alfa —expresó perentoriamente.

—¡Pero, Val, usted tiene que ir a Dzanul! —aulló Alarza.

El joven le miró fijamente unos instantes.

—Emilio, muchas veces, un hombre le dice a una chica guapa que está para comérsela. Es una metáfora, desde luego..., pero los tutmorianos no entienden de metáforas y se la comerán, a menos que yo intervenga rápidamente. ¿Me ha comprendido?

—A mí me va a dar algo —gimió Alarza.

Impasible, Val señaló al director de la estación el cuadro de mandos.

—¡A Tutmor Alfa! —ordenó enérgicamente.

Estaba envuelto en un alarido infinito, semejante al ulular de un lobo de proporciones cósmicas. Sabía que se desplazaba por el espacio, descompuesto en trillones de partículas, infinitesimales fragmentos de un organismo que pensaba, sentía y vivía. Desmenuzado su cerebro en un billón de partes, seguía funcionando con plena normalidad.

En cambio, no veía nada, salvo una grisácea penumbra de tétrico aspecto. Le parecía hallarse inmóvil, pero, al mismo tiempo, sentía que estaba moviéndose con una velocidad inimaginable.

—Prácticamente, la velocidad del pensamiento —se dijo.

El alarido bajó de tono. La penumbra empezó a aclararse.

Vio luz, colores... De pronto, rodó por un suelo blando y herboso.

—He llegado a Tutmor Alfa —exclamó, mientras se incorporaba.

Miró a su alrededor. El lugar era agradable. Árboles, agua y hierba abundante. A lo lejos, divisó una cordillera de cimas nevadas. Corrían algunas nubes por un cielo de azul resplandeciente.

Caminó unos pasos. ¿Dónde podría hallarse la muchacha?

Cerró los ojos unos instantes. Procuró orientarse con la ayuda de su mente.

Sonidos lejanos llegaron a sus oídos. Eran gritos y canciones primitivas.

—¡Hum! —masculló—. O mucho me engaño o alguna tribu de tutmorianos está celebrando por anticipado su festín con Leona como plato fuerte.

Guiado por los sonidos, trotó hacia el lugar donde suponía debía hallarse la muchacha. Atravesó una fila de colinas bajas, vadeó un arroyo y se asomó a un profundo valle, en cuyo centro divisó una serie de cabañas de paja, que componían un ancho círculo.

En el centro, había una gran hoguera de forma alargada, de cuyo fuego cuidaban varios salvajes, atizándolo con unas largas ramas. Había dos postes hincados a ambos lados de la hoguera. Cada poste estaba terminado en una horquilla, cuyo objeto era fácilmente previsible.

—Ahí la ensartarán en un asador y luego, a dar vueltas hasta que esté doradita y crujiente —murmuró.

Había centenares de salvajes de ambos sexos, muchos de los cuales estaban bailando una danza frenética.

Quince o veinte tocaban una danza primitiva, utilizando para ello largos palos con los que golpeaban troncos huecos.

Otros tocaban una especie de flauta muy primitiva, que emitía unos agudos silbidos. Val se estremeció al ver que las flautas no eran sino

fémures humanos, agujereados en la forma requerida.

Leona se hallaba a diez o doce pasos de la hoguera, en pie, atada a un poste hincado en el suelo. Val se dio cuenta de que la chica estaba aterrada.

CAPÍTULO VII

Eran muchos salvajes, pese a que se consideraba un hombre excepcionalmente fuerte. Val se puso en cuclillas detrás de unos arbustos, a unos doscientos cincuenta metros de la aldea, mientras trataba de dar con un plan que le permitiese liberar a Leona con un mínimo de riesgos.

Se imaginó la vergüenza que debía de estar pasando la joven, de todas cuyas ropas había sido completamente despojada por los salvajes. Bueno, las nativas usaban pieles..., pero era preciso llegar hasta la aldea.

Las llamas de la hoguera decrecían paulatinamente. Val se dio cuenta de que lo que los salvajes pretendían era formar un buen brasero.

—No se puede decir que sean malos gastrónomos —murmuró sonriendo.

Y, de pronto, vio que un tutmoriano, ataviado con gran cantidad de plumas y joyas hechas de piedras pintarrajeadas, se acercaba a la prisionera.

Debía de ser una especie de gran sacerdote, pensó Val. El caso era que llevaba en las manos un descomunal cuchillo de piedra, de filo tan aguzado como el de una navaja de afeitar.

La distancia era demasiado grande, incluso para recorrerla en una carga suicida. Ya no llegaría a tiempo,

El tutmoriano abriría el pecho de la víctima y le sacaría el corazón. Un rito primitivo... como en muchas razas de la Galaxia, un rito del que ni la misma Tierra se había visto libre en épocas ya pasadas,

Los tutmorianos se hallaban en un estado de civilización tremendamente atrasado. Para Val, sin embargo, eran especulaciones sin sentido.

Lo único seguro era que Leona estaba a punto de morir.

Una idea se le ocurrió de repente. Hinchó el pecho, se puso las manos a ambos lados de la boca y empezó a gritar.

No fue un grito súbito y corto, sino un alarido que iba *in crescendo* gradualmente, pero con rapidez. Val empleó toda su potencia pulmonar y el alarido se expandió por el valle como un fragor de muerte.

Los salvajes miraron aterrados hacia el lugar de donde procedía aquél espantoso bramido. Val continuaba sin parar, tratando de aumentar más todavía el volumen de su voz.

El sonido era insoportable para unos oídos normales. De repente, una de las cabañas se vino abajo de pronto.

Sonaron chillidos de pánico entre los tutmorianos. Dos cabañas más cayeron al suelo, como barridas por un poderoso huracán.

El temor se apoderó de los salvajes. Las mujeres y los chiquillos fueron los primeros en emprender la huida.

Más cabañas cayeron. Para los tutmorianos, era un fenómeno inexplicable.

Cuando la mitad de las chozas estuvo por el suelo, todos los tutmorianos, sin excepción, emprendieron la huida, enloquecidos de terror.

Val esperó unos minutos todavía. Luego, con paso tranquilo, emprendió el descenso al valle.

Leona le miró con ojos desorbitados por el asombro. Val recogió al paso unos trozos de piel y, por precaución, un venablo primitivo.

Para no herir el pudor de la muchacha, se situó a sus espaldas. Cortó las cuerdas con el filo de la hoja del venablo y luego le entregó los trozos de piel.

—Cúbrete, Leona —indicó sobriamente.

* * *

—Me duelen los tímpanos —se quejó ella.

—Es natural —sonrió Val—. Debo de haber hecho un ruido espantoso.

—No te lo puedes imaginar. Pero si hasta derribaba las cabañas...

—Bueno, imagino que produjo algo parecido a una onda explosiva. Por supuesto, no me contratarían para cantar ópera —dijo él de buen humor.

—Serías un fenómeno, desde luego.

—Lo soy ya, Leona.

Ella le miró en silencio.

—¿Sí, Val? —dijo al cabo.

—Sí —confirmó el joven tristemente—. Poseo las fuerzas de diez Hércules, una mente con un poder terrible y...

—¿Eso te preocupa, Val?

—Por mí, en cierto modo, no. Pero, si un día me caso y tengo hijos, ¿no heredarán ellos estas cualidades? No me gustaría crear una raza de seres más que superhombres. Leona.

Ella hizo un gesto con la cabeza.

—Es preocupante, en efecto —convino—. Pero, por el momento, yo me alegro de tus facultades.

—Sí —suspiró él—, te he salvado la vida. ¿Qué pensaste cuando te encontraste en un sitio que no era tu país?

—Imagínate. Mi primera reacción fue de desconcierto. Después, miedo. Los salvajes aparecieron casi en seguida y me llevaron a su aldea.

—Es lo que le dije yo a Emilio Alarza. A una chica se le puede decir que está para comérsela, pero no es metáfora que deba llevarse a la práctica de una manera estricta.

Ella se ruborizó.

—No bromees, Val —dijo.

—Conviene que no perdamos el humor —contestó él—. Tú estás en Tutmor por, seguramente, sadismo de Uss. En cambio, a mí me destinaba una suerte mucho peor.

—¿Cómo?

—Sobornó, calculo, a dos operadores de la Estación de Tránsito Instantáneo, para que desajustasen los controles de la máquina. La desintegración de mi cuerpo habría sido incompleta y me hubiera convertido en pulpa.

Los ojos de Leona expresaron el horror que le causaban aquellas palabras.

—¿Es posible, Val?

—Como lo oyes. Recuerdas que nos separamos, ¿verdad? Yo seguí la juerga, debo confesarlo humildemente. Tenía tiempo, puesto que debía partir casi dos horas más tarde que tú. El operador se quejó de que no podía meterme en la plataforma de traslado, estando bebido...

Val relató a la muchacha las peripecias ocurridas en la Estación de

Tránsito Instantáneo.

—Después, empecé a recelar de que a ti te hubiera pasado algo de lo que pretendían hacer conmigo. Consulté la cinta de memoria de tránsitos instantáneos... y aparecieron las coordenadas de Tutmor Alfa con tu nombre —concluyó.

Leona suspiró.

—Fue una intuición afortunada —comentó—. Pero ahora nos hallamos en un grave aprieto, Val.

—¿Por qué, Leona?

—Tutmor Alfa carece de instalaciones de traslación instantánea —dijo ella.

Val frunció el ceño.

—Entonces, ¿por qué diablos hemos venido a parar aquí? —preguntó.

—Bueno, se puede usar la metáfora del arco y la flecha. El arco dispara la flecha, pero no puede recobrarla. Es preciso desplazarse hasta el punto de impacto, para dispararla de nuevo.

—Comprendo, aunque si se ata un cordelito a la flecha...

—Los seres humanos no somos flechas. Val.

—Sí, tienes razón.

Hubo un momento de silencio.

Luego, Val dijo:

—En ese caso, es muy posible que nos quedemos aquí para siempre, Leona.

—Sí, Val —contestó la muchacha, mirándole a los ojos.

Val sonrió.

—¿Sabes?, la perspectiva no de una vida robinsoniana, contigo al lado, no me disgusta en absoluto.

—¡Pero, Val, tienes que encontrar al futuro Protector!

Callaron de nuevo.

Val contempló a Leona. Ella se había cubierto someramente con las pieles, con las que había formado un primitivo traje de dos piezas.

Mizar VI era la estrella que alumbraba a Tutmor Alfa. Era un sol ligeramente azulado y ella estaba a contraluz.

De repente, todo el cuerpo de Leona se hizo resplandor. Fue una especie de transfiguración, durante la cual la muchacha se convirtió en una estatua de oro, de la que se desprendía un vivísimo fulgor, algo así como si toda su figura se hubiese hecho luz.

El fenómeno, sin embargo, duró breves instantes, acaso menos de medio minuto. Val sacudió la cabeza.

—Debe de ser el sol —murmuró.

—¿Cómo dices? —preguntó ella, extrañada.

—Oh, no te preocupes, no era nada de particular. —Val paseó la vista por los alrededores—. Leona, me parece que ya es hora de que empecemos a buscar un lugar adecuado para nuestro campamento.

—Tengo hambre —dijo la muchacha de repente, con una respuesta de infantil incongruencia.

—Y yo también, pero, ¿hay caza en Tutmor?

—Supongo que sí, y también hay ríos...

—Y donde hay ríos, hay pesca. Lo que hace falta es saber pescar y cazar... y encender fuego...

—No me hables de fuego —se estremeció Leona—. Ya me veía girando sobre las brasas...

Val se echó a reír.

—Estoy seguro de que aquellos salvajes se les hacía la boca agua —dijo. Agarró posesivamente el brazo de la muchacha—. ¿Vamos?

—Sí, Val.

Echaron a andar. Habían dado una docena de pasos cuando, de pronto, algo les ocultó la luz del sol.

Val levantó la cabeza instintivamente. Leona gritó.

Un enorme disco metálico descendía lentamente hacia el suelo. Val oprimió con fuerza el venablo.

—¿Serán amigos? —dudó.

—La nave es de Dzanul —identificó Leona—. Ahora bien, respecto a sus ocupantes... puede que Uss tenga en ella algunos partidarios.

* * *

La astronave tomó tierra en un claro del bosque, a menos de cien metros de distancia del lugar donde se había escondido la pareja. Val y Leona vieron abrirse una compuerta.

El bramido de un altavoz sonó de repente:

—¡No teman! ¡Somos amigos!

—¿Has oído, Val? —exclamó Leona jubilosamente.

—Sí, pero todavía no me fío...

—Les habla el comandante de astronave *Duc Targou*, de Dzanul.

Acérquense sin temor, insisto —se oyó de nuevo el altavoz.

Val apretó el astil del venablo con mano firme.

—Por su propio bien espero que no nos engañen —masculló—. Vamos, Leona.

Abandonaron el escondite y salieron a terreno descubierto. Varios hombres de uniforme habían salido ya de la nave y se les acercaban con expresión amistosa.

—¿Cómo están? —saludó uno de ellos—. Soy el comandante Targou. Les presento a mi segundo, el teniente Harr Bleihn.

—Es un placer, comandante. Yo soy Valentín Cryne. Esta es la señorita Leona Mallee, también de Dzanul, como ustedes.

—¡Qué afortunada coincidencia! —dijo Targou—. Pero, ¿cómo han venido a parar aquí?

—Mejor sería que nos dijera el motivo de la presencia de ustedes en Tutmor Alfa, comandante —solicitó Val.

—Ah, es una patrulla de rutina. Entretanto, instrucción... y también salvamento de posibles náufragos. Además, vigilamos para que los tutmorianos no sean molestados.

—¿Cómo? ¿Les dejan que sigan con sus prácticas de canibalismo? —se asombró Val.

—Forma parte de su historia, señor Cryne —respondió Targou sosegadamente—. Cada planeta ha de seguir por sí solo su desarrollo natural, sin interferencias perniciosas. Sí, ya sabemos que, a veces, caen viajeros en Tutmor y que son devorados... Incluso los tutmorianos sostienen luchas entre distintas tribus y los prisioneros son sacrificados y comidos..., pero es raro el planeta que no ha pasado por una época semejante y es preciso dejar que sus habitantes desarrollen por sí mismos su propia civilización. Por otra parte, en Tutmor Alfa hay muchas riquezas sin explotar y les pertenecen a ellos. Algún día podrán aprovecharse de ellas, pero, mientras tanto, hay que dejarlos en paz.

—Me parece muy bien, comandante —respondió Val—. No obstante, debe saber que no nos hallamos aquí por voluntad propia.

—Algo de extraño notábamos en nuestras observaciones —dijo Targou—. ¿Dónde está la nave que les trajo a ustedes hasta Tutmor Alfa?

—No hemos traído nave, comandante-intervino Leona.

Targou miró a la joven.

—Hablaemos luego con más detalle —añadió ella—, pero, de momento, yo le agradecería nos llevase inmediatamente a Dzanul. El

señor Cryne es la persona designada por las computadoras para buscar al futuro Protector.

CAPÍTULO VIII

Alguien pareció recibir la noticia de no muy buen humor.

Val notó que el segundo, teniente Bleihn, parecía enojarse aunque, en seguida, compuso el gesto. Tomó nota del detalle y lo almacenó en su mente.

—Me siento asombrado —confesó Targou—, pero, dadas las circunstancias, zarparemos inmediatamente hacia Dzanul. ¿Teniente Bleihn?

—¿Señor? —contestó el aludido.

—Dispóngalo todo para la marcha. —Targou se dirigió hacia los rescatados—. Por aquí, tengan la bondad.

Momentos después, entraban en la nave, grande, espaciosa. Val preguntó si tardarían mucho tiempo en llegar a Dzanul.

—Menos de una semana —respondió Targou.

Otro oficial les indicó sus alojamientos respectivos. Cuando Val entró en su cámara, la nave alzaba ya el vuelo.

El aparato disponía de todo género de comodidades. Val pudo bañarse y saborear después una sustanciosa comida. Al terminar, solicitó hablar a solas con el comandante.

Leona se extrañó de la petición. Targou accedió sin reparos.

—Venga a mi cámara, señor Cryne —indicó.

Los dos hombres se encerraron. Val se encaró con Targou.

—Comandante —dijo sin más preámbulos—, ¿tiene usted plena confianza en sus tripulantes?

—Por supuesto —respondió Targou, asombrado—. Me extraña que me haga usted una pregunta semejante...

—Tengo razones para ello —manifestó Val—. Usted ya conoce cuál es mi misión, ¿no es así?

—En efecto, señor Cryne.

—Bien, dígame ahora, ¿qué opina del asunto?

—¿Cómo? No entiendo...

—La pregunta es bien sencilla. ¿Aprueba usted que la elección del futuro Protector de Dzanul se haga por el procedimiento tradicional?

Targou se encogió de hombros.

—No tengo interés en variar el procedimiento —contestó—. Es un asunto más bien político y, aunque me afecta en cierto modo, no soy yo el llamado a resolverlo.

—Pero mientras no se cambie de un modo legal, usted hará respetar el viejo procedimiento.

—Desde luego —contestó Targou con vehemencia—. Es la ley y todos debemos obedecerla.

Val sonrió.

—Celebro oírle hablar así, comandante —dijo—, pero permítame darle un consejo. Tenga los ojos bien abiertos.

—¿Eh? —respingó Targou.

—Ya lo ha oído, comandante. Los tiempos cambian... y temo que mi figura despierte ciertas antipatías, cuya manifestación práctica podría alcanzarle de rebote a usted. Eso es todo.

Targou se quedó viendo visiones. Val salió de la cámara y se reunió con Leona.

—¿De qué habéis hablado? —preguntó la muchacha.

Val se lo explicó sucintamente.

—¿Cómo? ¿Temas algo? —preguntó ella después.

—Leona, una de las cualidades que debo emplear en mi misión es la intuición, ¿verdad? —sonrió Val—. Pues bien, olfateo algo nada agradable... y todo porque he visto a un tipo arrugar la nariz cuando se enteró de mi personalidad.

—¿Quién es, Val?

—Bleihn, el segundo.

Leona se quedó muy pensativa.

—Vigilaremos —dijo al cabo.

—No hay otro remedio, Leona.

—Sobre todo yo. Recuerda, soy la encargada de llevarte a buen puerto. Val sonrió.

—Sé que lo conseguirás —dijo.

Los días pasaban y todo se llevaba a cabo con normalidad en la nave. Targau habló un par de veces con Leona y le dijo que las sospechas de Val carecían de fundamento.

Ella se mostró de acuerdo. No había motivo para albergar suspicacias. Bleihn era amable, cortés, atento... pero estaba preparando sigilosamente el motín.

Faltaban apenas veinticuatro horas para la llegada a Dzanul, cuando se produjo la sublevación.

Val se sentía insomne. Presentía algo, no lo podía remediar.

Sin embargo, todo estaba tranquilo a bordo. Pero en vista de que no podía conciliar el sueño, abandonó su camarote y se trasladó a la parte delantera de la nave, donde había una vasta cámara encristalada, desde la que se observaba un esplendente espectáculo.

Leona estaba también despierta, aunque por distintos motivos. Redactaba un informe de su actuación, informe que debía entregar a la llegada.

De pronto, oyó pasos pesados por el corredor. Leona frunció el ceño.

El sonido de aquellos pasos era inconfundible. Alguien se había puesto la escafandra para el vacío.

Curiosa, se levantó y se acercó a la puerta de la cámara. De repente, vio que alguien trataba de abrirla desde el exterior.

Rápidamente, alargó la mano y presionó el mando del seguro de cierre estanco. Al otro lado, alguien lanzó una maldición.

—Luego nos entenderemos con ella —dijo Bleihn—. Abrid las compuertas.

La orden fue cumplida de inmediato. Val estaba de pie, contemplando las estrellas cuando, de repente, se sintió derribado al suelo.

En un segundo adivinó lo ocurrido.

¡El aire de la nave se había escapado al espacio! Un frío intensísimo envolvió su cuerpo.

Iba a morir, por descompresión y congelación casi simultánea. En un medio tan hostil como el vacío espacial, no había quien sobreviviese más allá de quince o veinte segundos.

Reclamó todo el poder de su mente. Se concentró en sí mismo, alejándose en un instante de cuanto le rodeaba. Su cerebro envió trillones de órdenes a trillones de células. Suspendió su respiración, su

circulación... se sumergió en una especie de auto cápsula de salvamento, decretada por su propio poder mental. No perdió el conocimiento, pero quedó rígido, inmóvil como una estatua.

* * *

—¡Cierren compuertas! ¡Restablezcan la presión! —ordenó Bleihn a través de la radio de su escafandra.

El mandato fue cumplido inmediatamente. En su cámara, Leona aguardaba con ansiedad el final del motín.

Bleihn se quitó la escafandra.

—Lancen los cadáveres al espacio —dijo.

Los cuerpos de Targou y cuatro o cinco tripulantes que le habían permanecido fieles, fueron arrojados al vacío.

—Bien —dijo el segundo, cuando se hubo cumplido su orden—, ahora voy a entendérmelas con la mujer.

—Teniente —exclamó uno de los tripulantes—, ¿dónde está Cryne?

Bleihn frunció el ceño.

—¿Cómo? ¿No lo habéis arrojado al espacio?

—Estaba en la cámara de observación —dijo otro—. La puerta estaba abierta, de modo que ha tenido que morir.

—Vamos allá —dijo Bleihn.

Cuando entró en la cámara, vio un cuerpo caído en el suelo, aparentemente inmóvil.

—¡Qué raro! —se extrañó—. No ha sufrido ninguna deformación... Pero no importa. ¡Afuera con él!

Repentinamente, Val se sentó en el suelo.

Su cerebro funcionaba de nuevo, expulsando el frío espacial de su organismo. Sonaron gritos de asombro.

Con lentos movimientos, Val se puso en pie. Giró sobre sus talones y se enfrentó con el aterrado Bleihn.

—¿Cuántos han muerto? —preguntó.

El traidor no tenía fuerzas para hablar. Val se acercó a él y, agarrándole por el cuello con una sola mano, lo izó a pulso.

—¿Ha muerto Leona? —rugió.

Los ojos de Bleihn giraban enloquecidamente en sus órbitas. Sus cómplices, aterrados, no se atrevían a intervenir.

—E... está... en su cámara... —balbució Bleihn.

—¿Y el comandante Targou?

—Ha muerto...

—Eres un asesino —le apostrofó Val—. ¿Quién te ordenó sublevarte?

—Nadie. Yo..., yo pensaba que usted... no debía llegar a Dzanul...

Había obrado por iniciativa propia, calculó Val. Era un fanático, pero su actuación había originado unas cuantas muertes.

De nada habían servido sus advertencias, se dijo amargamente. Con gesto colérico, lanzó a Bleihn contra los tripulantes.

Hubo un confuso revoltijo de brazos y piernas. Se oyeron gritos de dolor.

De un salto, se precipitó en el corredor. Momentos después, estaba ante la puerta de la cámara de la muchacha.

—¡Leona! ¡Soy Val! —gritó.

La joven abrió de inmediato. Sus ojos expresaban un asombro infinito.

—¡Val! ¿Cómo has sobrevivido? —preguntó.

—Parece que soy invulnerable a muchas cosas, entre ellas, al vacío espacial —respondió él—. Pero Targou y otros varios han muerto.

Leona exhaló un gemido.

—Se cumplieron tus pronósticos —dijo.

—Lo presentí casi desde el primer momento —respondió Val, sombríamente—. Ahora, perdóname, pero tengo que hacer.

Bleihn y sus cómplices empezaban a reaccionar. Val la emprendió a golpes con todos ellos y acabó por encerrarlos en una cámara.

Al terminar, buscó a Leona nuevamente.

—Habrá que comunicar a alguien lo ocurrido, ¿no?

—Yo me encargaré de informar —declaró ella.

—El problema más gordo, sin embargo, estriba en el aterrizaje. Ya ni para eso me fío de Bleihn. Sería capaz de estrellar la nave, aunque él tuviese que morir también.

Leona asintió, muy preocupada.

—Es un grave problema, en efecto —concordó.

De repente, le miró con los ojos muy abiertos.

—¡Pero, Val, mientras te trataban en la clínica del doctor Huberti, te enseñaron también a manejar una astronave! —exclamó.

—¿Tú crees? —dudó él.

Leona le señaló los mandos.

—Prueba —indicó escuetamente.

Val suspiró

—Rechazo toda responsabilidad en caso de una catástrofe —dijo.

—Si se produce la catástrofe, moriremos todos. Entonces, no habrá quien te exija responsabilidades, Val.

CAPÍTULO IX

Un mundo extraño, pensó Val. Calles amplias, elevados edificios de trazado audaz y mucha gente yendo y viniendo por todas partes. Buen número de personas utilizaban transportadores individuales. Resultaba extraño ver a hombres y mujeres desplazándose por el aire con toda facilidad, merced a los aparatos que llevaban pendientes de los hombros, por un arnés hábilmente calculado.

Los habitantes de Dzanul, sin embargo, no parecían preocuparse por el problema que a él tanto le afligía, pensó, mientras contemplaba el movimiento del exterior, desde la ventana del alojamiento que le había sido asignado.

Leona se hallaba ausente. La joven se había marchado para informar personalmente a sus superiores.

De pronto, llamaron a la puerta.

Val se volvió.

—Entre —dijo.

Una hermosa joven penetró en la estancia.

—Usted es Val Cryne —dijo.

—En efecto, señora...

—Soy Retha Arlane —se presentó ella—. Puede llamarme Retha simplemente.

—Es un placer, Retha —aseguró Val—. ¿Puedo preguntarle los motivos de su visita?

Ella sonreía extrañamente.

—Sólo quería conocer al hombre que piensa encontrar a nuestro futuro Protector —contestó.

—Bien, ya me ha visto. Creo que no tengo cuernos y rabo, ¿verdad?

Retha lanzó una argentina carcajada.

—Es un tipo muy atractivo —calificó.

—Gracias por la buena opinión que tiene de mí. ¿Le firmo un autógrafo?

—¿Cómo? —se extrañó ella.

—Nada, era una frase solamente. Retha, deseo hacerle una pregunta.

—¿Sí, Val?

—En política, ¿qué piensa usted?

Retha dejó de sonreír.

—Me opongo a las supersticiones —dijo.

—Ah, muy interesante. Entonces, según usted, yo soy un indeseable en Dzanul.

—A título estrictamente personal, no. Pero si tenemos en cuenta su misión, sí, es un indeseable —contestó Retha con voz cortante.

Val se percató del bolso que ella llevaba pendiente del hombro izquierdo.

—¿Ha venido a asesinarme? —preguntó.

—No creo que llegue a conseguirlo —dijo de pronto una voz masculina desde la puerta.

* * *

Retha se volvió y lanzó un grito de rabia. Val contempló interesadamente al recién llegado.

Era un hombre joven y apuesto, vestido con discreción. Avanzó un par de pasos y, de súbito, arrancó de un tirón el bolso de la joven.

Ella trató de impedirsele. El individuo la rechazó de un fuerte empujón, lanzándola sobre un diván.

Luego abrió el bolso.

—Me lo suponía —dijo, al extraer una pistola colapsante, que pasó a su poder de inmediato. Luego lanzó el bolso hacia su propietaria—. Ahí tienes, Retha. Ya puedes largarte.

—¿Puedo preguntarle quién es usted, amigo mío? —dijo Val.

—Mi nombre es Harr Urdoo y soy encargado de los servicios de protección de usted, señor Cryne —manifestó el recién llegado.

—Entonces, puedo decir que su aparición ha sido muy oportuna.

—En efecto.

Val fijó los ojos en Retha, quien todavía se hallaba sentada en el diván.

—De modo que ella vino a asesinarme —dijo.

—Presumiblemente, eso intentaba —contestó Urdoo.

—Entonces, ¿por qué no la detiene?

—Me conformo con que se vaya sin más, señor Cryne.

—Ah —murmuró el terrestre—. Ella es una fanática.

—Desgraciadamente —se lamentó Urdoo.

—Yo sólo quiero el progreso de Dzanul —saltó Retha de pronto.

—¡Tú estás engañada por una cuadrilla de desaprensivos! —rugió Urdoo.

—¡Ellos dicen la verdad...!

Val levantó la mano y cortó las protestas de Retha.

—Un momento, por favor —rogó.

Urdoo y Retha le miraron con interés. Val miró al primero.

—Usted sostiene que el futuro Protector ha de ser elegido por el método tradicional, ¿no es cierto?

—Sí —contestó Urdoo.

—En cambio, usted, Retha, piensa de distinta manera.

—Yo, no tengo la mente anquilosada —refunfuñó ella—. Soy de espíritu abierto...

—Tan abierto que quería conseguir sus fines por medio de derramamiento de sangre —dijo Val cáusticamente—. Imagino que lo que persiguen ustedes es elegir al Protector por procedimientos democráticos. Votos y demás, ¿no es cierto?

—Sí —admitió Retha hoscamente.

—Pero, ¿hay candidatos?

—El candidato se llama Morgan Uss —informó Urdoo.

—Una noticia muy interesante —sonrió Val—. Empiezo a sospechar que los habitantes de Dzanul se han dividido en dos bandos. Bien, pero el problema se puede resolver fácilmente.

—¿Cómo? —preguntó Retha.

—Muy sencillo. Una votación preliminar. Los que pierdan, se atenderán a la voluntad de los ganadores.

—¿Qué? —dijo Urdoo.

—Es muy sencillo. Hay que votar para ver cuál de los dos procedimientos se sigue en la elección de protector. El número de votos dirá la última palabra... y los perdedores no podrán alegar nada en contra del otro procedimiento, elegido por los ganadores.

Retha vaciló.

Urdoos se encogió de hombros.

—Yo soy un simple funcionario —contestó—. No puedo decidir nada.

—Pero Retha sí —dijo Val—. Por lo que sospecho, tiene bastante intimidación con Uss.

Urdoos lanzó una maldición.

Val sonrió.

—Retha, ¿hablará con Uss? —consultó.

Ella vaciló.

—Bueno...

—Retha, conviene que no pierdan de vista una cosa muy importante. Ustedes no pueden ignorar la voluntad de quienes prefieren el procedimiento antiguo. Por lo que he oído, es un procedimiento del que se tienen muy pocas quejas.

—Está ya desfasado en estos tiempos modernos...

—Lo que está desfasado es querer imponer la voluntad a los demás, sin saber si aceptan o no nuestros deseos. Parece que usted, como Uss y muchos otros, son partidarios de los procedimientos democráticos, pero se contradicen a sí mismos al no querer aceptar la opinión contraria.

—En eso tiene él razón —dijo Urdoos.

—Está bien —contestó Retha—. Hablaré con Uss.

Y se dirigió hacia la salida.

Val dirigió una sonrisa a Urdoos.

—Parece que he logrado un pequeño triunfo —dijo.

—Lo que no deja de asombrarme. Nunca había querido aceptar Retha mis argumentos —contestó Urdoos.

Val suspiró.

—Ese es un defecto común de muchos de los que se autodenominan demócratas —dijo.

Retha había salido ya. Val hizo una pregunta a Urdoos:

—Tengo que ver a Barlon Ochenta y Uno. ¿Cuándo me concederá la audiencia?

Urdoos se encogió de hombros.

—Es una decisión personal suya —respondió.

Val se quedó solo.

Leona había salido. Presumiblemente, estaba haciendo las gestiones para la audiencia que Barlon Ochenta y Uno debía concederle.

De pronto, se le ocurrió una idea.

—Estoy actuando a ciegas y eso es imperdonable —se dijo.

Examinó el interior de su alojamiento, que era grande y con todas las comodidades. Divisó un videófono de buen tamaño en uno de los extremos y se acercó al aparato.

Presionó la tecla de contacto. Una voz femenina, evidentemente grabada en hilo magnetofónico, dijo:

—Solicite lo que desea sin demora. Solicite lo que desea sin...

—Información —exclamó Val, rápido.

—Exponga el tema de la información que desea.

—Elección, búsqueda, hallazgo y designación del actual Protector de Dzanul, Barlon Ochenta y Uno —manifestó Val—. Con todos los detalles —recalcó.

—Se iniciará el tema inmediatamente, aunque se advierte al solicitante que es de cierta extensión.

—No tengo prisa.

Val se sentó en un sillón cercano, graduó la intensidad del volumen de voz y cruzó plácidamente las manos sobre su estómago.

El informe duró unos veinte minutos, al cabo de los cuales, la voz dijo que ya se había terminado.

—Han omitido algunos detalles —acusó Val.

—No creemos...

—Según he oído, el actual Protector fue elegido hará unos cuarenta y cinco años. ¿Es que la edad no influye en la elección? —preguntó Val.

—No tiene la menor importancia. Puede ser elegido tanto un niño de pocos años, como un anciano. Basta con que sea la persona adecuada para ocupar el cargo de Protector.

—Eso está muy bien. Ahora, dígame si vive la persona que eligió a Barlon Ochenta y Uno, y en caso afirmativo, su nombre y dirección.

—Sí, vive. Se llama Haviv Jyaddus y su dirección es: Séptima Gran Calle, Bloque Noventa y Seis, Cuarenta, F Diez.

Val anotó todos los datos escrupulosamente en la memoria. Luego:

—Gracias —dijo; y cerró la comunicación.

Miró a través de una de las ventanas. Mizar VI, la estrella sol de Dzanul, tardaría aún bastante en ponerse.

Le sobraba tiempo para entrevistarse con Jyaddus. Y si mientras tanto llegaba Leona...

—Que se espere —gruñó, mientras cerraba la puerta con infinito cuidado. No conocía la solidez de los tabiques en las construcciones de

Dzanul.

CAPÍTULO X

Encontró la Séptima Gran Calle y el Bloque 96º y subió al piso 40º. Luego recorrió los pasillos de aquella gigantesca colmena, hasta detenerse ante la puerta señalada con la cifra F-10.

Llamó. A los pocos momentos, se abrió la puerta.

Un hombre de edad, con abundante cabellera blanca, pero bien conservado todavía, le miró con curiosidad.

—¿En qué puedo servirle? —preguntó.

—¿Es usted Haviv Jyaddus?

—Sí, en efecto.

—Me llamo Valentín Cryne y soy de la Tierra, señor Jyaddus —se presentó el joven—. Desearía hablar unos momentos con usted.

—Pase —accedió Jyaddus.

Val cruzó la puerta. El interior de la estancia era exactamente igual a la que le había sido asignada a su llegada a Dzanul.

—No suelen verse muchos terrestres en mi planeta —comentó Jyaddus—. Es usted el primero con quien tengo el honor de hablar.

—Para mí es un placer —aseguró el visitante—. Le agradezco muy sinceramente que haya accedido a recibirme.

—Sí —dijo el nativo—. ¿Y bien? ¿Qué es lo que quiere de mí?

—Señor Jyaddus, hace cuarenta y cinco años le encargaron a usted de una misión muy importante.

Jyaddus sonrió ligeramente.

—Sí, lo recuerdo —contestó.

—Usted eligió al actual Protector.

—En efecto.

—¿Dio buen resultado su elección?

—No creo que los ciudadanos de Dzanul tengan excesivos motivos

de queja, señor Cryne.

—En general, se puede hablar de éxito.

—Moderadamente, así es.

—Pero hay una cosa que me extraña —manifestó Val

—¿Sí, señor Cryne?

—Yo creí que se elegía al Protector cuando aún era muy joven y luego se le instruía gradualmente en las tareas de Gobierno. Por lo visto no es así y el nuevo Protector entra en funciones apenas ha fallecido el anterior.

—Sí, pero todo depende del tiempo que pase entre el hallazgo del nuevo Protector y el fallecimiento del anterior. El caso es que la maquinaria no se pare, no sé si me entenderá usted el símil, señor Cryne.

—Le entiendo perfectamente —aseguró Val—, y es una táctica muy sabia. Pero usted ya no era un jovencito cuando se le designó para elegir al Protector.

Jyaddus sonrió.

—Tenía sesenta y cinco años entonces —contestó.

—Lo que significa que ahora tiene ciento diez.

—La edad no es impedimento para la elección de Protector.

—¿Elección o hallazgo, señor Jyaddus?

—Bueno, llámelo como quiera. Yo elegí a Barlon Ochenta y Uno, porque él era la persona que debía ocupar el puesto.

—Ya —dijo Val—. Y, ¿qué beneficios le reportó a usted su actuación, señor Jyaddus?

—¿Beneficios? Era mi obligación, señor Cryne.

—Entiendo. Ahora, dígame una cosa. Es mi última pregunta.

—¿Sí?

Val inspiró profundamente.

—¿Cómo supo usted que Barlon Bar-larr, que debía tomar el puesto del octogésimo primer Protector de Dzanul, era la persona adecuada?

Hubo un momento de silencio.

Jyaddus sonreía.

De pronto, se abrió la puerta.

Algo chasqueó en la entrada. Jyaddus lanzó un grito de agonía.

Val giró en redondo. Había un hombre en la puerta, empuñando una pistola colapsante.

Val reaccionó con increíble velocidad. Cuando la pistola se dirigía ya

hacia él, agarró una silla y la lanzó hacia la puerta.

El pequeño mueble alcanzó de lleno al asesino y le hizo dar un tremendo salto hacia atrás. La pistola se escapó de sus manos.

Val corrió hacia el individuo caído de lleno. Fue a preguntarle algo, pero entonces se dio cuenta de que tenía una ancha grieta en la frente, hecha por el impacto de la silla que él había arrojado con todas sus fuerzas.

* * *

—No me considero en absoluto como un asesino, coronel Fürghli —dijo Val—. El tipo mató a Jyaddus y pretendía matarme a mí. Yo le arrojé una silla para defenderme. Una de las aristas le abrió la frente, eso es todo.

—Pero, ¿por qué pretendía matarle? —preguntó el nativo.

—Coronel, ¿cuál es su cargo en Dzanul?

—Bueno, ustedes lo llamarían jefe o comisario de Policía. Las alteraciones del orden son escasas en Dzanul, pero a veces, se producen.

—Es lógico —convino Val—. Usted sabe que yo he sido elegido para buscar al Protector.

—Sí, en efecto.

—Bien, me pareció conveniente intercambiar puntos de vista con la persona que había realizado la misma misión años atrás.

—Y entonces se produjo el crimen.

—Sí, coronel.

—¿Habló algo el asesino?

Val soltó una risita.

—La primera noticia que tuve de su presencia fue el chasquido de su pistola colapsante —manifestó.

Un oficial entró y se acercó a Fürghli. Habló brevemente y el coronel asintió. El oficial se marchó de inmediato.

—Ya conocemos la identidad del asesino de Jyaddus —dijo Fürghli.

—Muy interesante, pero, ¿conocen también los motivos de su crimen?

—Todavía no. Sin embargo, ya se están practicando investigaciones para dar con sus cómplices. Suponemos que no actuaba solo, aunque sí lo estuviera durante la ejecución material del crimen.

—Yo le podría señalar a uno de sus cómplices, por lo menos —dijo Val sarcásticamente—. Aunque, a decir verdad, los motivos me resultan

incomprensibles.

—Los averiguaremos —prometió Fürghli.

—¿Puedo retirarme ya? —consultó el terrestre.

—Por supuesto.

Val se dirigió hacia la puerta. Antes de salir, recordó algo interesante.

—¿Coronel?

—Dígame, señor Cryne —habló Fürghli cortésmente.

—Parece ser que ahora hay dos tendencias respecto a los procedimientos sobre la elección del futuro Protector de Dzanul. Unos prefieren el método antiguo y tradicional y otros desean se implanten métodos nuevos, por elección estrictamente hablando, en lugar de designación por una persona sola.

—Sí, lo sé.

—Bien, en tal caso, ¿cuál es su procedimiento preferido, coronel?

Fürghli sonrió de un modo extraño.

—Yo solamente soy un fiel cumplidor de la ley y procuro que todos la cumplan —respondió.

Val hizo un gesto de asentimiento. Luego abrió la puerta.

«Una respuesta muy cauta, que no compromete a nada. La ley ahora es una, pero si Uss y su pandilla suben al poder, impondrán nuevas leyes. Fürghli respeta las actuales..., respetará las futuras y así no se compromete con nadie. ¡Qué tío más listo!», pensó.

* * *

Leona hervía de impaciencia.

—¿Dónde has estado? —preguntó—. Llevo más de tres horas aguardándote... Val sonrió.

—No te impacientes, preciosa —dijo—. Tú sólo has tenido que esperar tres horas y yo he estado dos días sin saber de ti.

—Surgieron unas ocupaciones inevitables —se disculpó ella.

—A mí me pasó también lo mismo, más o menos.

Leona arqueó las cejas.

—¿Qué has estado haciendo? —preguntó.

—Fui a ver a un tal Haviv Jyaddus. Por si no lo sabías, te diré que es el hombre que designó al actual Protector.

—Ah, querías cambiar impresiones con él.

—Justamente.

—¿Obtuviste algún informe interesante? Lo que él hizo para encontrar al nuevo Protector no te sirve en absoluto; cada uno es un caso distinto.

—Lo sé, Leona. Barlon Ochenta y Uno es distinto de su predecesor y lo será de su sucesor..., pero el procedimiento, hasta ahora, sigue siendo el mismo.

—Eso es verdad —admitió la joven.

—Por tanto, me interesaba hablar con el anterior elector. Pero no pudimos terminar la conversación.

—¿Por qué?

—Lo asesinaron.

Leona sintió que se le retiraba la sangre de la cara.

—¡Val! ¡Estás bromeando!

—Te juro que no —contestó él—. Jamás he hablado tan en serio.

—Me siento abrumada —murmuró la joven—. ¿Por qué asesinaron a ese hombre?

—Algo tenía que decirme, algo muy interesante. El disparo colapsante se lo impidió.

—¿Escapó el asesino?

—No. Lo maté de un silletazo y, créame, no era ésa mi intención. Me hubiera gustado mucho hablar con él, pero cuando vi que me apuntaba con su pistola, le arrojé una silla. Al parecer, una arista del mueble le dio en plena frente y se la abrió.

Miró a Leona compungidamente.

—Todavía no me acostumbro a calcular bien mis fuerzas —añadió.

—Creo que el doctor Huberti exageró un poco —convino ella—. ¿Qué pasó después?

—Llamé a la policía, vino un coronel, informé de lo ocurrido y luego regresé, eso es todo.

—¿Nada más, Val?

—Ahora sólo me falta hablar con el Protector. ¿Cuándo es la audiencia, Leona?

—Se te anunciará oportunamente. Val se encogió de hombros.

—Imagino que no debe de correr mucha prisa la designación de nuevo Protector —dijo—. ¿Qué voy a hacer mientras?

Leona sonrió.

—Hombre, no se puede decir que la vida nocturna de Dzanul sea

como la terrestre, pero, ¿no te agradaría conocer algún lugar pintoresco?

—Es una buena idea, en efecto —sonrió Val—. Por cierto, ¿a cuenta de quién corren los gastos?

Ella se echó a reír.

—El erario público juzga correcto abonar todas tus facturas —contestó.

CAPÍTULO XI

—La cena estaba exquisita y las atracciones me parecieron sensacionales —comentó Val a la madrugada, cuando ya se retiraba a su alojamiento—. Si yo fuera un tipo emprendedor, contrataría a todos los artistas que actuaron en aquel local.

—No aceptarían —dijo Leona—. Casi todos son terrestres y cobran aquí unas sumas que en tu planeta no se les podrían pagar.

—Vaya, quién lo dijera. Bien, ¿quieres subir a tomar una copa?

Leona hizo un signo negativo.

—Es hora de que me vaya a dormir —contestó.

—Dzanul es el mundo al revés. Aquí, la mujer acompaña al hombre a su casa por las noches y procura que se quede bien guardadito...

Ella reía, halagada.

—Es mi trabajo —declaró.

Val sonrió. Alargó las manos hacia su cintura, pero Leona, ágil, se le escabulló.

—Vendré a verte a mediodía —dijo.

Val suspiró.

—Es muy esquivia..., pero gustan más así —comentó para sus adentros, mientras cruzaba el umbral de la puerta.

Subió a su alojamiento. Abrió y sintió que el estómago se le subía a la garganta.

—No se mueva —dijo el individuo que estaba en el centro de la sala, apuntándole con una pistola colapsante.

Val levantó los brazos.

—Acabo de convertirme en una estatua —respondió.

Tres o cuatro individuos más surgieron de pronto, saliendo de las habitaciones interiores.

—¿Es éste? —preguntó uno.

—Sí, Voihr —contesó el de la pistola.

—Bueno, anda con él.

El nativo que tenía la pistola se acercó a Val. Hubo un momento de silencio.

Val tensó sus músculos, disponiéndose a la acción. Pero, de pronto, se percató de un detalle.

El dzanulita se le aproximaba demasiado. No era necesario estar tan cerca para disparar un proyectil colapsante.

De súbito, la pistola lanzó a su cara un fuerte chorro de vapor. Olía muy mal, pensó Val, mientras se tambaleaba, afectado ya por el narcótico.

Empezó a caer. Pero inmediatamente empezó a concentrarse. Era preciso expulsar el narcótico de su organismo.

Voihr lanzó un grito.

—¡A él, muchachos!

Todos los intrusos se arrojaron sobre Val. El terrestre se dio cuenta de que estaban provistos de cuerdas. Cuando empezaron a atarle, notó que eran recios cables de acero. En pocos momentos, estuvo convertido en un salchichón.

Val hizo un esfuerzo mental. Una nube de vapor brotó de su cuerpo. El narcótico había sido eliminado ya de su organismo.

Los nativos hicieron comentarios sobre el fenómeno.

Voihr dijo:

—Ya me lo habían advertido; por eso preparé los cables de acero para atarle.

—Es usted muy precavido, amigo —sonrió Val—. Pero también puedo hacer saltar esos cables.

—Pruebe —le desafió Voihr lacónicamente.

Los músculos de Val se tensaron. Se oyeron un par de crujidos, pero los cables resistieron.

En vista de que su fuerza muscular era impotente, Val decidió emplear su potencia mental. Segundos más tarde, supo algo muy interesante.

Su fuerza mental sólo actuaba en él mismo. Podía expulsar de su organismo toda sustancia nociva, pero no actuaba sobre un agente externo, en este caso las ligaduras de metal.

Voihr dio una orden:

—¡Vamos, carguen con él! Ya saben adónde hay que llevarlo.

* * *

Las horas transcurrían lentamente.

Val estaba tendido sobre lo que parecía una mesa de operaciones, en una habitación blanca y aséptica, completamente silenciosa.

La mesa estaba anclada al suelo con indudable solidez. Respecto a sus ligaduras, ampliadas con las que ahora le sujetaban a la mesa, no había ni qué soñar en romperlas con la fuerza de sus músculos.

—Todo tiene un límite en este mundo —se dijo melancólicamente.

Incluso le parecía haber perdido un poco de su colosal fuerza, lo cual, aparte el hecho de hallarse prisionero en un lugar desconocido, no le desagradaba en absoluto.

De pronto, oyó que se abría una puerta. Varios hombres entraron en la estancia. Dos se situaron de modo que pudiera verlos con facilidad.

—Hola, Cryne —sonrió Uss.

—Me gustaría tener el mismo humor que usted —contestó Val.

—Sí, en efecto —convino Uss apaciblemente—. Hay para sentirse de mal humor. Pero permítame que le presente, Cryne. El doctor Hroshom, uno de los más reputados científicos de Dzanul. Doctor, Val Cryne, el superhombre terrestre.

—¿Qué tal, señor Cryne? —saludó el científico.

Era un hombre de unos ciento cincuenta años, de aspecto bastante agradable y ojos comprensivos.

—No puedo decir que me sienta encantado de conocerle, doctor —respondió Val.

—Lamento lo que le ocurre —declaró Hroshom—. Sin embargo, quiero que sepa que, en la medida de lo posible, no tratamos de hacerle daño.

—Estoy atado y secuestrado en un lugar desconocido para mí. Lo que acaba de manifestar, se contradice con la realidad, doctor. Hroshom suspiró.

—Desearía que fuese más comprensivo, señor Cryne —dijo.

—Es inútil, doctor —terció Uss—. Usted no tiene por qué disculparse en absoluto, sino empezar a realizar su labor.

—¿Qué labor? —preguntó Val.

—Él se lo dirá —respondió Uss, señalando a Hroshom, mientras sonreía de una manera extraña.

—¿Y bien, doctor? —dijo Val, impaciente y nervioso.

Hroshom no pudo hablar. Uss se le anticipó.

—Doctor, yo tengo que irme —declaró—. Aquí se queda con el paciente. Afuera quedan cuatro buenos amigos, de toda confianza, para ayudarle en caso preciso.

—Gracias, Uss —contestó Hroshom.

Uss miró a Val nuevamente.

—Suerte —le deseó, con acento estremecedor.

Y se marchó.

La puerta se cerró. Val y Hroshom quedaron a solas.

—¿Por qué no habla ya de una vez, doctor? —dijo el prisionero de mal talante.

—Sí, se lo diré, señor Cryne. Soy bastante amigo de Uss...

—Un momento, doctor —interrumpió Val—. ¿Amigo personal o correligionario político?

—Ambas cosas, señor Cryne —contestó Hroshom amablemente.

—Ahora sí que me he caído con todo el equipo —masculló Val, desanimadamente.

* * *

Hroshom le miró extrañado.

—¿Qué quiere decir usted, señor Cryne? —preguntó.

—Sencillamente, que yo pensaba que era amigo de ese granuja solamente a título personal y no partidario de su ideal político. Entonces, podríamos haber hablado de hombre a hombre, pero, visto el panorama, no vale la pena perder tiempo.

—Sigo sin entenderle —declaró Hroshom.

—Doctor, ¿qué opinión tiene usted de Uss?

—Bien, es mi amigo... Le estimo y aprecio...

—¿Y en lo político?

—Me agradan las ideas que sostiene.

—¿Aunque esas ideas incluyan el asesinato con fines políticos?

Hroshom se desconcertó.

—¿Asesinato con...?

—Sí, doctor —confirmó Val—. Yo mismo he sido objeto de más de una tentativa de asesinato y puedo indicarle, por lo menos, a otra persona en mis condiciones. También puedo darle el nombre de alguien

que ha sido asesinado con fines políticos y por orden de su buen amigo Morgan Uss.

Hroshom estaba atónito.

—Me cuesta creerlo —contestó.

—Si pudiera, me encogería de hombros. Pero es la verdad.

El científico calló unos instantes. Reflexionaba, observó Val. Al fin, Hroshom dijo:

—Luego hablaré con Uss y le pediré que me dé explicaciones. Ahora vamos a hacer otra cosa.

—¿Qué, doctor?

—Había oído hablar de usted y de sus portentosas cualidades. Como se trata de un fenómeno artificial, es decir, que usted no es fuerte física y mentalmente por naturaleza, el hecho ha llamado mi atención de modo poderoso y quiero estudiarlo a fondo.

Val lanzó un juramento.

—En mi Tierra, eso se llama vivisección —masculló.

—No tema, no sufrirá usted en absoluto. Ni siquiera voy a abrirle en canal como, seguramente, está pensando. ¿No es cierto?

—Lo que yo estoy pensando le pondría a usted los pelos de punta, doctor. ¿Conoce usted una fruta terrestre llamada plátano?

—No...

—Hay que pelarla de un modo peculiar. Así le despellejaría yo a usted —masculló Val, furioso.

—¡Qué buen humor tiene usted! —exclamó Hroshom—. En fin, vamos a hacer la primera prueba.

Había traído consigo un maletín, que depositó en una mesita cercana. Lo abrió y extrajo del mismo una especie de pistolita, con la que inyectó algo en uno de los brazos del joven.

Val notó en seguida que la mente se le embotaba y dedujo que le habían propinado un narcótico. Recurriendo a su poder psíquico, expulsó la droga de su cuerpo en unos segundos.

Hroshom vio la nube de vapor y abrió los ojos, asombrado.

—Notable, verdaderamente notable —dijo.

Y luego añadió:

—Tendré que duplicar la dosis.

—Es lo mismo, doctor —dijo Val—. Aunque me inyecte el narcótico a litros, no conseguirá dormirme si yo no lo permito.

Hroshom frunció el ceño.

—Será preciso recurrir a otro medio —masculló.

Val se sintió muy aprensivo de repente. Hroshom tenía vivos deseos de estudiar el fenómeno que era él y, si no lo conseguía de una forma, lo conseguiría de otra, desmintiendo así sus primitivas declaraciones.

CAPÍTULO XII

Hroshom se volvió y empezó a examinar el contenido de su maletín. Val se dijo que tenía que buscar un medio de salir de aquel atolladero.

Tenía los brazos atados y pegados a lo largo de los costados. Además, le habían sujetado a la mesa con una especie de zunchos de metal, delgados y flexibles, pero muy fuertes. Estiró los dedos cuanto pudo y tanteó el borde de la mesa.

Hizo fuerza. El borde se curvó ligeramente hacia arriba. Val se agarró y consiguió arrastrarse unos centímetros hacia los pies de la mesa. Volvió a intentar doblar el borde y, en el mismo momento, uno de sus dedos rozó una protuberancia, que presionó casi sin darse cuenta.

Se oyó un ligero chasquido. Los zunchos se separaron y él quedó libre de la mesa, aunque no de las otras ligaduras.

Inmediatamente, se sentó en la misma mesa. Hizo un esfuerzo y se puso en pie.

Hroshom, alarmado, se volvía ya hacia él. Val tomó impulso, con los dos pies juntos, y cargó con la cabeza por delante contra el científico.

Los dos hombres rodaron por tierra. Hroshom quiso resistirse, pero Val sacudió con fuerza su cabeza, hasta que consiguió conectar un fuerte golpe a su adversario, dejándolo momentáneamente sin conocimiento.

Acto seguido, Val se sentó en el suelo.

—Bueno, y ahora, ¿cómo diablos me quito el resto de las ligaduras?

Forzó la mente un par de veces.

El resultado fue sólo sudor. Val se convenció de que su mente sólo tenía poder sobre el interior de su organismo.

—Ni siquiera puedo hipnotizarle y decirle que me suelte —masculló

disgustadamente.

Sólo había una solución. Inspiró con fuerza, hinchó el pecho, tensó los músculos y desarrolló toda su potencia muscular.

Creyó que iba a fracasar. De repente, se oyó un fuerte chasquido.

Uno de los cables de acero había saltado. Val persistió y consiguió librarse las manos.

El resto fue ya más fácil. Un minuto más tarde, se ponía en pie.

Hroshom recobró el conocimiento. Vio a Val suelto y sus ojos expresaron temor y asombro a un tiempo.

—Increíble —dijo.

—Doctor, lamento mucho tener que defraudarle, pero me esperan en otro sitio.

Y se dirigió hacia la puerta, pero de repente, se acordó de que había cuatro tipos en el exterior y pensó en conseguir un arma.

Paseó la vista por la estancia. ¿Un arma?, se repitió.

Los restos de sus ligaduras yacían por el suelo. Val se inclinó y recogió dos trozos de análoga longitud.

—Adiós, doctor —se despidió.

Aterrado, Hroshom no se atrevía a oponerse a su marcha. Val abrió la puerta de golpe.

Cuatro rostros se volvieron en el acto.

—¿Qué tal, chicos? —dijo sonriendo.

Los esbirros de Uss estaban atónitos. Val no les dejó reaccionar y, cargando súbitamente contra ellos, empezó a repartir unos terribles zurriagazos con los trozos de cable, arrancándoles espantosos aullidos de dolor.

Uno de ellos consiguió sacar su pistola colapsante, pero Val le golpeó en la mano con todas sus fuerzas. La pistola saltó por los aires, mientras el sujeto, desmayado a causa del dolor, rodaba por tierra sin conocimiento.

Tranquilamente, sin ser molestado, Val salió fuera del edificio.

Debía de ser algún escondite de Uss, porque estaba en medio del campo. Pero frente a la casa había parados un par de helimóviles.

Val entró en uno de ellos y destrozó sus mandos. Luego, con toda despreocupación, se apoderó del otro.

Ganó altura para orientarse. A lo lejos divisó la capital de Dzanul, invisible desde el suelo. Seguro de que ya no podía perderse, aceleró para volver cuanto antes a su alojamiento.

Leona le aguardaba, hirviendo de impaciencia.

—Pero, ¿dónde has estado? —clamó al verle entrar en casa—. Llegué a temer lo peor...

—Y no andabas equivocada —contestó él, mientras buscaba una botella—. Me secuestraron.

—¿Quiénes? —preguntó Leona, con los ojos muy abiertos.

—Mujer, usa la imaginación —repuso Val, mientras se llevaba el vaso a los labios.

—¿Uss?

—*And his boys...* que quiere decir, y sus amigos.

—Me dejas pasmada —resopló ella—. ¿Por qué te secuestraron?

—Si no estuviera en Dzanul, te diría que quisieron convertirme en fenómeno de feria. ¿Has oído hablar alguna vez del doctor Hroshom?

—Sí, es uno de los más reputados científicos...

—Quería estudiarme y saber por qué tengo esas fuerzas tan colosales —respondió él—. Naturalmente, me negué.

Val se pasó la mano por sus largos cabellos de un modo maquinal.

—Tengo que peinarme —dijo.

—Espera un momento —pidió Leona—. Quiero que sigas hablando...

—Lo haré desde el cuarto de baño.

Val se dirigió al lugar indicado y ella le siguió, pero quedó en la puerta, mientras Val se pasaba un peine por el pelo, que le llegaba hasta los hombros.

—¿Qué te dijo Hroshom? —preguntó Leona desde la puerta.

—En sí, no dijo gran cosa, sino vulgaridades. Pero pudo comprobar que una simple inyección de narcótico no sirve para dejarme dormido. Y cuando quiso aumentar la dosis, sobrevino el jaleo.

—Y te escapaste.

—Efectivamente. ¿Eh? ¿Qué diablos es esto?

—¿Qué te ocurre, Val? —preguntó Leona, alarmada.

El joven abandonó el cuarto de baño con el ceño fruncido. Llevaba algo en la mano, sostenido con dos dedos, que Leona no pudo ver en el primer momento.

—¿Qué llevas ahí, Val? —preguntó.

—Nunca he visto un pelo tan raro como éste —masculló el terrestre—. Leona, ¿dónde podría proporcionarme una lupa de gran potencia?

—¿Es que ahora te preocupas por la caída del pelo? —sonrió ella, mientras hurgaba en su bolso—. Ah, aquí está.

Val tomó la pequeña lupa que le tendía Leona y buscó un lugar bien iluminado, a fin de examinar el cabello que tenía en la mano. Al cabo de unos instantes, la miró desconcertado.

—Es un hilo de metal —exclamó.

Leona se quedó atónita.

—¿Cómo? ¿Tu pelo es artificial? —exclamó.

—No lo sé. Al peinarme, unos cuantos pelos se quedaron enredados en el peine, como sucede ordinariamente. Pero vi que uno de ellos brillaba de un modo extraño y me sentí intrigado.

Alargó la lupa a la joven.

—Mira a ver si tengo más pelos de metal en la cabeza —dijo.

Se sentó en una silla, bajo un potente foco de luz, y Leona empezó a examinarle su cabellera.

—Mi pelo ha sido siempre castaño muy oscuro, casi negro —añadió Val—. Ese pelo metálico es de color más claro..., exactamente del color del cobre.

Leona se mordió el labio inferior. Encontró un cabello del color descrito y tiró de él.

—¡Ay! —gritó Val.

—Veo dos o tres pelos más, pero el resto parece normal —dijo ella.

—Esto me preocupa —declaró Val—. ¿Por qué he de llevar yo pelos de hilo de cobre?

—No tengo la menor idea, Val.

—A ver si estoy convirtiéndome en un hombre de metal —refunfuñó el joven—. Estos científicos, lo mismo en la Tierra que en Dzanul, cuando se lían a hacer experiencias, no se paran en barras.

—Jamás había oído hablar de pelos de cobre en un ser humano, Val —aseguró la joven.

—Pues yo diría que no me han crecido por generación espontánea, de modo que alguien me los insertó en el cuero cabelludo.

—Un momento, Val. ¿Cómo llevabas antes el pelo?

—¿Que cómo...? ¡Estaba ya casi calvo, Leona! El poco que me quedaba, estaba siempre muy cortado. Después del tratamiento que me hicieron, fue cuando vi que tenía el pelo completo y largo hasta los

hombros.

—Es preocupante, en efecto —convino ella—. Pero no te sientes mal, ni notas nada pernicioso en tu organismo.

—Por fortuna —contestó Val.

—Bien, en ese caso no te preocupes más por el momento de ese detalle. Hay otra cosa más importante para ti, Val.

—¿De qué se trata, Leona?

—El Protector ha señalado la audiencia ritual para mañana, a las doce —declaró Leona—. Yo te acompañaré al palacio, aunque estaréis solos en la entrevista.

—Ah, de modo que ya ha llegado.

—Sí, Val. ¿No te sientes satisfecho?

—¡Hum! —Val consultó la hora—. Tengo tiempo.

—Tiempo, ¿de qué? —preguntó Leona, extrañada.

Val se acercó al videófono.

—Antes de asistir a esa entrevista, tengo que celebrar otra con un buen amigo —contestó. Presionó una tecla en el videófono y dijo—: Información del domicilio de Morgan Uss.

—Espere un momento, por favor —contestó el aparato.

Treinta segundos más tarde, la misma voz mecánica dijo:

—Novena Gran Calle, Bloque seiscientos diez, cincuenta y siete, X 5.

—Gracias —contestó Val.

Y se dirigió hacia la puerta.

—¿Te vas? —preguntó la muchacha.

—Sin perder un segundo, Leona —respondió él tajantemente.

* * *

Tras, vacilar un poco, Leona se decidió a acompañarle.

—Creo que resultará conveniente que yo vaya contigo —dijo, mientras el ascensor les conducía a la azotea, donde tenían el helimóvil.

—Si ése es tu gusto...

Momentos después, volaban hacia la casa de Uss. Leona hizo un comentario:

—Esa dirección indica una zona de gran prosperidad. La casa de Uss debe de ser muy elegante.

—Yo creí que esas cosas no pasaban aquí. Tenía entendido que se construyen edificios según un mismo patrón...

—Hay sectores donde los departamentos son mejores —contestó ella—. Se conceden a personas de gran relieve científico, artístico o social... y también a los que tienen dinero.

—Vamos, que en este asunto Dzanul no se diferencia demasiado de la Tierra.

—Salvo que aquí, incluso el operario que desempeña los trabajos más humildes, tiene garantizada una vivienda del tipo que tú ocupas hasta ahora —contestó Leona.

—Lo que, imparcialmente hablando, no está nada mal —reconoció el joven.

Minutos más tarde, descendían hacia la azotea del edificio donde Uss tenía su residencia. Val apreció que había un grupo inusitado de gente acercándose a la entrada que conducía a los pisos inferiores.

Aterrizaron. Un hombre joven y bien parecido se les acercó, con la sonrisa en los labios.

—Vosotros también acudís a la reunión, ¿no es cierto?

—Desde luego —contestó Val, muy serio—. No nos la perderíamos por nada del mundo.

—Va a resultar muy interesante. Uss nos dirigirá un gran discurso.

—Como, todos los suyos —sonrió Leona.

Alguien llamó al joven nativo y éste se alejó, tras excusarse ante la pareja. Val y Leona se rezagaron deliberadamente, para entrar los últimos.

Por los comentarios que oyó, Val dedujo que los asistentes a la reunión podían considerarse como la plana mayor de los partidarios de Uss. Momentos más tarde, entraban en un vasto salón, donde ya había un centenar largo de personas de ambos sexos.

Val y Leona procuraron situarse en lugares discretos. Muchos de los asistentes se sentaban en el suelo. Al fondo había un pequeño estrado.

Pasaron unos minutos. De pronto, Uss, seguido de tres o cuatro individuos, entró en la sala.

Sonaron aplausos. Uss agradeció con una sonrisa las muestras de simpatía. Luego, rogó silencio.

—Y ahora, amigos míos —dijo—, vamos a hablar del futuro de Dzanul, que, en definitiva, es el futuro de todos nosotros.

Sonaron más aplausos. Val se dijo que el *meeting* prometía ser muy interesante.

CAPÍTULO XIII

Para Val, las frases de Uss no encerraban nada nuevo. Había oído muchas cosas parecidas en la Tierra, en algunas campañas electorales a las cuales había asistido. Para los oídos nativos, sin embargo, el discurso de Uss resultaba altamente atractivo y subyugante.

Pero había una nota falsa en las palabras de Uss, que él percibió de inmediato. Uss no era sino un embaucador, que pretendía aprovecharse de un estado de cosas, en beneficio propio, secundado por un estado mayor compuesto por desaprensivos como él, los cuales aguardaban también su momento, para satisfacer sus propias ambiciones.

Sonaron muchos aplausos cuando Uss hubo concluido su discurso. Luego, aceptó que se le hicieran algunas preguntas.

—En este caso, usted será nuestro Protector hasta las elecciones —dijo uno.

—Efectivamente, pero sólo a título provisional y hasta que el pueblo haya elegido la persona que debe ocupar el puesto del provecto e inútil Barlon Ochenta y Uno —contestó Uss.

Se oyeron aún más aplausos. Evidentemente, pensó Val, la modestia de Uss había impresionado mucho a la concurrencia.

De pronto, levantó la mano.

Leona le miró alarmada. Quiso impedirle que hablara, pero él no hizo caso.

—Veo a alguien que quiere interpelarme —dijo Uss con benevolencia—. Adelántese, amigo, y diga su nombre.

—Sí, señor. Me llamo Valentín Cryne.

Uss palideció. Con ojos llenos de asombro contempló al individuo a quien él creía seguro a muchos kilómetros de distancia.

—Deseo preguntarle, señor Uss, varias cosas —manifestó Val—. Y

empezaré por preguntarle si ese título de Protector provisional, que usted ha mencionado hace unos momentos, le ha sido conferido por votación de sus partidarios o se lo ha otorgado usted a sí mismo.

—Bueno, creo que soy el más indicado...

—Usted cree eso, pero, ¿lo creen los demás?

Uss se irguió.

—Hasta ahora, no he tenido objeciones —contestó.

Val sonrió.

—Es que verá, la gente de Dzanul no está muy ducha en política —dijo—. Lo primero que debía de haber hecho usted era recabar el apoyo de sus partidarios o bien pedirles que señalasen a un candidato para ese puesto de jefe de Estado planetario provisional. Pero no ha sido así, según veo.

—¡Es el más indicado! ¡Nosotros le elegimos! —gritó uno.

Varios más apoyaron al que acababa de hablar. Uss se esponjó, satisfecho.

—Está bien, de acuerdo —aceptó Val—. Ustedes lo eligieron, aunque éste es un punto más bien discutible. Pero ustedes no son todo el pueblo de Dzanul; hay millones y millones de personas a las que no se ha consultado sobre este punto.

—¿Se les ha consultado acaso sobre la elección de Protector por el método tradicional? —preguntó Uss.

—Indudablemente, no; pero el pueblo de Dzanul da como bueno un sistema establecido hace cientos o miles de años. Ahora bien, ustedes quieren cambiar ese sistema. Conforme, pero háganlo de acuerdo con la mayoría.

—¿Qué saben los demás lo que es bueno o malo? —dijo Uss despectivamente.

«Ya salió el liberal», pensó Val, con la sonrisa en los labios.

—Usted sí lo sabe —dijo.

—Yo y mis amigos. Elegir al futuro Protector por el nuevo procedimiento es lo mejor.

—Eso significa que cien o ciento veinte personas pueden alterar el *status*, sin consultar a los miles de millones que quedan en el planeta.

—¿Adónde quiere ir usted a parar? —preguntó uno de los asistentes.

—A un punto muy sencillo —contestó Val sin inmutarse—. Si ustedes creen que el procedimiento antiguo es malo, consulten al pueblo y no sólo a un centenar de personas. Las gentes de Dzanul tienen

también derecho a expresar su voluntad.

—¿Una votación general?

—Plebiscito o referéndum, como quiera, pero que el pueblo entero de Dzanul se decida por uno de los dos sistemas y no se encuentre ante unos hechos consumados. Muchos, efectivamente, y esto lo reconozco de antemano, apoyarían un nuevo sistema, pero... ¡atención a la pregunta, porque es importantísima! Si diez millones de personas, por ejemplo, aceptan el nuevo sistema de elección de Protector, ¿aceptarán igualmente que Morgan Uss sea nombrado Protector?

Un denso silencio se abatió sobre el salón. Uss, furioso, se mordió los labios.

Los asistentes parecían desconcertados.

—Democracia es eso, efectivamente, aceptar la voluntad popular, pero no imponerla —añadió Val—. Y si ustedes creen que el nuevo Protector ha de ser elegido democráticamente y no sólo hoy, sino para siempre, deben empezar ahora. Primero, consultar al pueblo si desean cambiar el sistema de elección; y luego proponer un candidato y aceptar su elección o derrota... porque me parece que habrá más de un candidato para ese puesto.

—¡Yo seré el Protector! —gritó Uss, que ya empezaba a descomponerse.

—¿Sólo porque lo digan cien personas? ¿Qué pasará si otro reúne a doscientos amigos y dice que él será el Protector? ¿Y si un tercero reúne a dos mil amigos? Hablar de democracia, y no practicarla, es una burla sangrienta —dijo Val severamente.

Sonaron murmullos. Val se dio cuenta de que la opinión cambiaba lentamente en su favor.

—Él tiene razón —dijo uno de repente. Asombrado, Val reconoció a Harr Urdoo—. Primero se ha de celebrar un plebiscito para cambiar el sistema; luego, los candidatos al puesto de Protector se someterán a la voluntad del pueblo.

—¡Tú también te has vuelto un traidor! —le apostrofó Uss, lívido. Urdoo se encrespó.

—No, empiezo a ver claro —contestó—. A todos nos pareció bien que fueses a la Tierra para tratar de impedir la llegada de Cryne a Dzanul, pero ya que está aquí, aceptemos sus propuestas

Algunos aplaudieron las palabras de Urdoo. Uss se dio cuenta de que empezaba a perder terreno.

—La boca de Uss ha estado llena siempre de palabras como

democracia y justicia —declaró Val con voz tonante—. Pero, si cree en esos conceptos, ¿por qué recurrir al soborno y al asesinato?

* * *

Val tenía los ojos fijos en Uss. De pronto, observó algo en el individuo que llamó extraordinariamente su atención.

El cuerpo de Uss quedó durante unos instantes envuelto en una aura de luz dorada, que le hizo parecer una estatua de fuego amarillo. Val recordó en el acto un incidente análogo.

Había sucedido en Tutmor Alfa. El cuerpo de Leona se había convertido de repente en un ascua de luz. Pero allí, la joven estaba situada entre él y el sol de Tutmor Alfa, lo que podía atribuir el fenómeno a un efecto de ilusión óptica.

En cambio, en aquella sala, Uss tenía tras sí un muro liso, opaco, de color claro, pero desprovisto de adornos y sin una sola lámpara en aquel lugar.

El fenómeno duró solamente un par de segundos. Uss recobró en seguida su aspecto normal.

—Has hablado de soborno y asesinato —dijo Urdoo—. Explícate, Cryne.

—Con mucho gusto —respondió Val.

Relató lo ocurrido en la Estación de Tránsito Instantáneo. Luego mencionó el asesinato de Jyaddus.

—Haviv Jyaddus fue el hombre que señaló al actual Protector —concluyó—. Iba a decirme algo muy importante sobre el asunto, pero murió antes de poder hablar.

—No fui yo —protestó Uss a voz en cuello.

—No le he acusado directamente —contestó Val—. Es muy posible, en efecto, que usted no matase a Jyaddus, pero sí armó la mano que ejecutó el crimen. Lo único que siento es no poder probarlo.

—Ni lo probará —le desafió Uss, despectivo, seguro de sí mismo.

Val se encogió de hombros.

—Los hechos relatados son rigurosamente ciertos —declaró—. Y ya no pienso añadir más sino que, si ustedes creen de veras en un cambio radical del sistema de elección del futuro Protector, deben empezar ahora, en este mismo lugar, ratificando la confianza en Uss o retirándosela. Y si es así, elijan un nuevo candidato, pero no acepten que unos cuantos se lo impongan. Y luego propongan al pueblo el

cambio de sistema y, después, si la propuesta es aceptada, presenten a su candidato. Sólo así se cumplirán las condiciones para que el futuro Protector de Dzanul sea la persona que quiera la mayoría.

De nuevo volvió el silencio. Urdoo se levantó.

—Propongo una moción de censura contra Uss —dijo—. Los que estén conmigo, que levanten el brazo derecho.

Noventa o noventa y cinco brazos se levantaron en pocos segundos. Sólo quince o veinte permanecieron inmóviles.

Val miró a Uss de nuevo. El nativo estaba lívido de rabia.

—Aquí no tengo yo nada que hacer —dijo Val—. El resto queda para ustedes. Vámonos, Leona.

Cuando salían, se oyó una voz:

—¡Propongo a Harr Urdoo para candidato a Protector, cuando se haya cambiado el sistema de elección!

Las aclamaciones atronaron el ambiente.

Val sonreía al entrar en el ascensor que los llevaría a la azotea.

—Creo que he ganado —dijo.

—En tu lugar, yo no me sentiría muy ufano de mi triunfo —dijo Leona.

—No me echas un jarro de agua fría —refunfuñó él.

—Uss era ya enemigo declarado tuyo. Lo era por ambición, por la codicia de ser nombrado Protector un día, incluso, quizá, por patriotismo. Pero ahora lo has derrotado en público, has revelado todas sus trapacerías y eso no te lo perdonará jamás. Tengo la seguridad de que no parará hasta haberte dado muerte.

Val asintió, muy preocupado.

—Creo que tienes razón —contestó—. Pero estaré en todo momento con un ojo abierto y otro cerrado.

—Yo vigilaré también. No quiero que te pase nada, Val.

—Es tu misión, ¿no?

—En efecto. Y, recuerda, mañana a las doce es la entrevista con el Protector.

—Ya tengo ganas de que se celebre. A ver si de una vez termino este condenado asunto y puedo volverme a mi planeta.

—Te echaré de menos, Val —suspiró Leona. Val sonrió sibilinamente, aunque no dijo nada. El helimóvil se elevó y emprendieron el regreso a casa.

CAPÍTULO XIV

La estancia era enorme, de forma semicircular, con el techo en forma cóncava, como una gigantesca valva de molusco. Los colores del decorado eran suaves, descansaban la vista.

La pared del fondo, opuesta a la entrada, era lisa y, en su mayor parte, estaba constituida por una gran vidriera polícroma. El sol daba de lleno en los vitrales e incidía sobre la figura que estaba sentada en un enorme sillón, cubierto de pieles.

Val avanzó con respetuoso temor sobre un suelo cubierto por una espesísima alfombra. Barlon Bar-larr, 81° Protector de Dzanul, se hallaba a un nivel superior, sobre un amplio estrado, separado del suelo por cuatro peldaños de contornos semicirculares.

Parecía un salón del trono, pensó Val. Frente a Barlon y, al pie de los escalones, había un taburete de forma alargada, cubierto igualmente de pieles.

Val contempló al hombre que, más que estar sentado, parecía yacer sobre el sillón. Era muy anciano y su pelo blanquísimo y fino semejaba una aureola en torno a su cabeza.

—Tú eres el terrestre llamado Valentín Cryne —habló Barlon con voz muy tenue.

Val creyó conveniente hacer una reverencia.

—En efecto, señor —contestó.

Barlon movió ligeramente una mano de dedos sarmentosos.

—Siéntate, estarás más cómodo —indicó.

—Gracias... Perdón, ¿cómo debo tratarle? ¿Majestad? ¿Excelencia?

El anciano sonrió.

—Puedes usar mi nombre, simplemente. Y tutearme también. Detesto las fórmulas sociales.

—Gracias, señor.

Hacia calor. Val se percató de que Barlon necesitaba una atmósfera cálida. Su cuerpo decrepito no producía el suficiente calor para una vida normal.

—Soy muy viejo ya —manifestó Barlon—. Espero que encuentres pronto a mi sucesor.

—A eso vine —dijo Val—. Pero se me indicó que tú debías hablar antes conmigo. La verdad, no se me alcanza cómo puedo descubrir yo a tu sucesor.

—Es una costumbre que se introdujo en Dzanul hará unos mil quinientos años, aproximadamente. Entonces, era Protector un tal Sharbee Dohlan, con el número seis, en el orden de los jefes de Estado.

—Es decir, que desde entonces ha habido setenta y cinco personas en este puesto.

—Sí —confirmó Barlon—. En aquella época, se elegía al Protector. Sharbee Dohlan fue el primero en introducir el nuevo sistema.

—Que viene perdurando desde entonces.

—En efecto. Era preciso, sin embargo, evitar suspicacias. Sharbee Dohlan ideó el procedimiento de encargar a una persona que buscase a su sucesor, procedimiento que, con el paso de los tiempos, se ha ido perfeccionando. En los principios, la búsqueda y nombramiento eran un tanto arbitrarios; es preciso reconocer que también los habitantes de Dzanul eran otros, me refiero a su grado de civilización.

—Después, ese procedimiento se hizo más refinado —dijo Val.

—Sí —confirmó Barlon—. Más que elegir al nuevo Protector, se elegía a la persona que debía buscarlo, a fin de facilitarle su trabajo y evitarle errores en lo posible. Pragmáticos, no dudamos en hacer que la persona encargada de esta labor fuese extranjera, si ello nos ofrecía una mejor garantía hacia un buen resultado.

—Como en mi caso.

—Efectivamente, como en tu caso. Hoy día ya disponemos de perfectísimas computadoras que nos indican dónde debe hallarse la persona que ha de buscar al futuro Protector y las cualidades que debe tener para el desempeño de su misión.

—Yo no las tenía, pero me las confirieron —declaró Val.

—Se creyó oportuno —dijo Barlon—. No sólo se necesitaba fuerza física, referido a tu caso, sino agudeza y aun clarividencia de mente. Creo que fue una buena elección.

—Me gustaría poder decir lo mismo de la persona a quien yo señale

para ocupar tu puesto algún día.

Barlon sonrió levemente.

—Estoy seguro de que noerrarás —dijo.

—A mí me gustaría también poder decir lo mismo —se lamentó Val—. Por favor, dime, ¿tiene tu sucesor alguna señal especial que me permita apreciarlo a primera vista?

—Encontrarás, quizá, a más de una persona que te parezca pueda ser mi sucesor. Por supuesto, debes usar de tu discreción, pero...

Barlon se interrumpió. Val le notó muy fatigado.

—Soy ya muy viejo —se dolió Barlon—. Los años pesan cada vez más. ¿De qué hablábamos? Ah, sobre el modo de hallar a mi sucesor... Es algo indefinible; no se puede expresar con palabras, porque sólo la mente es capaz de intuir al nuevo Protector.

—¿Se sufre como una especie de choque psíquico? —preguntó Val.

—En cierto modo, sí. Cuando te encuentres delante de mi sucesor, te dirás a ti mismo: «¡Ese es!», y lo sabrás de un modo irrefutable, porque tú mismo tendrás la íntima y absoluta convicción de que has encontrado al elegido.

—Hombre o mujer, creo que el sexo es indiferente.

—Cierto, aunque bien es verdad que las mujeres no han abundado entre las personas que han ocupado este puesto. Pero, cuando llegó el caso, lo hicieron tan bien como nosotros.

—Me gustaría saber —dijo Val— de qué forma presiente uno que está ante el futuro Protector.

—Ya te he dicho que no se puede definir, o si no lo dije antes, ahora lo sabes. Lo presentirás y sabrás que no te equivocas. Pero quizá tropieces con más de una persona a la que creas puedas designar. En tal caso, es preciso que medites bien tu decisión.

—Comprendo. ¿Qué hace el nuevo Protector cuando se le ha designado?

—Bien..., viene a palacio y se queda ya aquí, hasta el fallecimiento del que en esos momentos ejerce el cargo. A su debido tiempo, ocupa el puesto que le corresponde.

—Y yo podréirme una vez terminada mi misión.

—Efectivamente.

—Barlon, ¿puedo hablarte ahora con franqueza? —consultó Val.

—Te lo agradeceré —respondió el anciano.

—Ahora corren tiempos nuevos —dijo Val—. Parece que se quiere

volver al sistema primitivo, esto es, a la elección del nuevo Protector.

Una ligera sonrisa apareció en los labios de Barlon.

—¿Crees que no lo sé? —murmuró—. Es bueno que sea así, porque los tiempos cambian y yo me siento muy viejo, muy viejo. Ya no podría...

—Ya no podrías, ¿qué? —preguntó Val, extrañado.

—Cuando Sharbee Dohlan instauró este procedimiento, lo hizo para que sus sucesores adquirieran sabiduría y gobernaran justa y eficazmente a su pueblo. El sistema ha dado buenos resultados durante quince siglos..., pero es hora de modificarlo. A pesar de todos mis esfuerzos, cada vez me resulta más duro pensar, más trabajoso... Me fatigo extraordinariamente y ya no podría absorber las ideas de mi sucesor ni refrescar mi mente con sus conocimientos.

Val se quedó atónito al escuchar aquellas palabras. Durante unos segundos, permaneció inmóvil, con la respiración en suspenso, contemplando fijamente al anciano.

—Entonces... tú eres... —y no se atrevió a completar la frase.

Tenía miedo, incluso, de seguir hablando. Barlon asintió.

—Sí —dijo con voz muy tenue—. Yo soy Sharbee Dohlan.

* * *

Val se pasó la mano por la frente.

Sentíase fatigado y aturdido. Como adivinando sus pensamientos, una muchacha de ligeros ropajes entró silenciosamente, portadora de una bandeja con una copa de finísimo vidrio. El sol llameó durante un instante en el líquido contenido de la copa y pareció como si estallara un rubí de purísimo fulgor en el interior de la estancia.

—Bebe —indicó Barlon suavemente.

Val se sintió muy reconfortado después de beber el vino. La muchacha desapareció tan silenciosamente como había venido.

Los dos hombres, el joven y el anciano, se miraron.

—Ahora ya lo sabes —dijo Barlon.

Val hizo un gesto de asentimiento.

—Sí —murmuró, todavía trastornado—, y también creo saber por qué murió Jyaddus. Él fue quien buscó a tu antecesor, ¿no?

—Ciertamente, pero mi antecesor, es decir, su mente y sus conocimientos, están dentro de mí. No me mires con horror; aceptó plenamente, sin reservas, cuando le dije lo que le iba a pasar.

—Alguien más lo sabía, indudablemente.

—Es muy posible. Son mil quinientos años y hay ciertos secretos que, con el paso de los tiempos, dejan de serlo.

—Comprendo. Pero..., ¿no podías haber tomado tú el cuerpo de tu antecesor? El cuerpo de una persona más joven, quiero decir.

—Sí, te entiendo. Pero esa fusión, que se hace por procedimientos mentales, de los cuales no tienes ni la menor idea, exige una cantidad fabulosa de energía. Y el nuevo cuerpo se fundió con otro en el que hay células herederas de las que había en el cuerpo de Sharbee Dohlan. Las células de mi organismo, pese a todo, son ya muy viejas. Por eso quería decir antes que ya no podría realizarse otra operación análoga.

Barlon hizo una pausa.

—Carezco de fuerzas... y estoy cansado de vivir. Todos los que componen el cuerpo y la mente del ser que tienes frente a ti, están cansados de vivir —añadió.

—Es lógico —murmuró Val—. Pero, a pesar de ello, ¿debo buscar a tu sucesor?

Barlon volvió a sonreír.

—Ahora dejaré que uses tu propio sentido común —contestó—. Si te parece bien designarlo, hazlo; nadie te lo reprochará. Pero si no quieres hacerlo, igualmente será respetada tu decisión. Los tiempos cambian, Valentín Cryne... y es hora de que conmigo desaparezca toda una época. Estamos cansados, terriblemente cansados...

Era espantoso oír hablar así a un hombre, en cuyo viejo y arrugado cuerpo había setenta y cinco más... y setenta y cinco mentes. Los años, sin embargo, habían derrotado a aquel poderoso organismo.

Y, por otra parte, ¡qué admirable era, se dijo Val, que Barlon y sus predecesores hubieran utilizado su fabuloso poder en hacer el bien! Porque hubiera sido terrorífico que hubiesen empleado su incalculable inteligencia en el mal, en la ambición, en la codicia...

La mano derecha de Barlon se levantó muy despacio.

—Todo el que realiza una misión como la que tú debes realizar, lo hace con pleno conocimiento de causa; es otro de los métodos propios de este sistema. Pero debe guardar secreto..., aunque parece que algunos no acataron esta regla.

«Jyaddus, tal vez, y por eso mismo murió», pensó Val.

—Guarda el secreto —pidió Barlon—, aunque, a decir verdad, dentro de poco nada importará ya que se divulgue. Te bendigo, terrestre, y te deseo mucha fortuna durante los días de tu vida. Adiós.

La audiencia había terminado. Val se puso en pie.
Hizo una profunda reverencia, pero no dijo nada.
Sentíase sin fuerzas para hablar.

CAPÍTULO XV

—Estás trastornado —dijo Leona, cuando vio a Val salir de la estancia. El joven asintió.

—Vamos a casa —contestó sobriamente.

Ella no le quiso atosigar a preguntas. Claramente se daba cuenta de que Val necesitaba ordenar sus pensamientos.

Leona en persona pilotó el helimóvil. Val reclinó la cabeza en el respaldo de su asiento y cerró los ojos. Reflexionaba.

Barlon le había hablado con toda claridad de la especie de choque que recibiría al encontrar a su sucesor. También le había dicho que, probablemente, encontraría más de un candidato y que él debía seleccionar el adecuado.

Se necesitaba una mente privilegiada para ello y no cabía la menor duda de que el método del doctor Huberti se la había conferido.

Val recordó su estancia en Tutmor Alfa. Recordó igualmente el suceso de la víspera.

Ya tenía dos candidatos. Uno de ellos, Leona, estaba sentada a su lado.

Resultaba irónico que el otro candidato fuese, precisamente, quien con más empeño había tratado de impedirle que llevase a cabo su misión. El choque psíquico, reflejado visualmente en aquella extraña aureola de fuego amarillo y silencioso, se había producido en ambos casos.

Llegaron a casa. Leona, solícita, le preguntó si quería comer algo.

—No, sólo un poco de vino, por favor —pidió él.

—Muy bien, ahora mismo te lo traigo.

Val se sentó en una cómoda butaca y relajó sus músculos. Ya empezaba a sentirse mejor.

Poco a poco, iba superando el choque sufrido al enterarse de que había hablado con un hombre de mil quinientos años de edad... que era, en realidad, la suma de setenta y cinco personas.

Asombroso, se dijo. Y también increíble, por lo que lo mejor sería callar.

«¿Quién me creería?», se preguntó, escéptico.

Sintió pasos en la estancia.

—¿Leona? —murmuró.

Alguien lanzó una risita irónica.

—Soy un poco más feo —dijo el intruso.

Val abrió los ojos. Se estremeció en el acto.

Uss estaba frente a él, apuntándole con una pistola de tremendas dimensiones. Val quiso levantarse, pero Uss se lo impidió.

—¡Quieto ahí! ¡No se mueva!

La orden resonó como un trallazo. Val agarró con las manos los brazos del sillón.

—Sí, ya sé que tiene una fuerza descomunal —sonrió Uss—, pero no le dejaré que la emplee en mí. ¡Kturr! —llamó.

—¡Ahora mismo, jefe! —contestó el esbirro, desde el interior del departamento.

Leona apareció, empujada sin remilgos por Kturr, quien la agarraba fuertemente por un brazo. La joven dirigió a Val una mirada llena de aflicción.

—Lo siento. Me sorprendieron —se disculpó.

—No te preocupes —sonrió él.

Miró a Uss de nuevo.

—¿Y bien? —preguntó.

—¿No se lo imagina? —dijo Uss.

—Va a matarme.

—Sí. Y a Leona también.

—Le descubrirán...

—¿Usted cree? Nadie lo sabrá, Cryne.

—Encontrarán nuestros cuerpos.

—Siento mucho decepcionarle, Cryne. Esto que tengo en la mano es una pistola que, en términos vulgares, puede llamarse desintegrante. Su cuerpo, y el de Leona desaparecerán, convertidos en partículas microscópicas. No será una descarga atómica, sino descohesionadora. La unión entre las moléculas cesará al recibir el impacto y usted se habrá

convertido en polvo.

—Un buen método para evitar agobios de espacio en los cementerios —observó Val fríamente—. Y dígame, Morgan, ¿va a matarme porque quiere ocupar el puesto de Protector?

—Indudablemente, pero, además, porque no quiero que divulgue ciertos secretos que ha conocido hoy.

—Quizá por eso, mismo mató a Jyaddus. O lo hizo matar, tanto da —habló Val con pasmosa sangre fría.

—Exactamente —admitió Uss—. Lo hizo Kturr por orden mía y muy oportunamente, tengo entendido.

—Eso es verdad. ¿Se confió Jyaddus con usted?

—Hasta cierto punto. Lo que no me dijo voluntariamente, se lo arranqué yo con un narcótico.

—Uss, ¿sabe que estoy empezando a comprender cuáles son sus verdaderas intenciones?

El individuo levantó las cejas.

—¿De veras?

—Sí. Usted quería una elección pretendidamente democrática, ofreciéndose como candidato, porque no estaba seguro de que fuese elegido de otra forma. Pero quería fundirse con Barlon y vivir otros mil quinientos años.

Leona lanzó un grito de asombro.

—¡Val! ¿Qué estás diciendo? ¿Te has vuelto loco?

—Nada de eso —contestó el propio Uss—. Lo que dice es la pura verdad. Y conseguiré mis propósitos. Val meneó la cabeza.

—Temo que está engañado, Uss. Barlon se siente agotado físicamente por la edad. Ya no le quedan fuerzas para absorber a su sucesor. Y me alegro de que así sea, porque él mismo me ha dicho que se siente terriblemente cansado... mejor dicho, «ellos» están terriblemente cansados y sin ganas ya de seguir viviendo.

»Por otra parte, es mejor que sea así. Tarde o temprano, el poder corrompe y si, durante mil quinientos años, el Protector ha ejercido su mandato de una manera benéfica, no sucedería así ahora, de ocupar usted su puesto.

—¡Está mintiendo! —chilló Uss, congestionado por la rabia.

—Hablo con la verdad y, si no me cree, ya lo comprobará cuando asalte el palacio y se presente ante Barlon.

Uss dudaba.

Leona se dio cuenta de su indecisión. Pero aquel impasse tenía que resolverse muy pronto.

—Ahora puede disparar contra nosotros —dijo Val tranquilamente, en vista del silencio de su interlocutor—. Naturalmente, no quedarán pruebas de su crimen... salvo Kturr, claro.

Val lanzó una risita. Miró al aludido y agregó:

—Tu jefe pica muy alto. Creo que no le agradará que quede un testigo de lo que vaya a pasar aquí..., ni tampoco querrá que un día se sepa que asesinaste a Jyaddus por orden suya.

El esbirro vaciló.

—Kturr, no le hagas caso —refunfuñó Uss—. Tú eres mi mejor amigo...

—¿Dirá lo mismo cuando sea Protector? —exclamó Val irónicamente—. Un Protector ha de ser una persona intachable, con un pasado absolutamente honorable... y tú se lo estarás recordando a cada momento, Kturr. Si te deja vivir para que se lo recuerdes, claro.

Los ojos del esbirro brillaron súbitamente.

—Sí, es cierto... Puede que mi pago sea un disparo de esa pistola descohesionadora..., ¡pero también yo tengo otra y no lo permitiré! —chilló súbitamente.

Val lanzó un grito estentóreo.

—¡Apártate, Leona!

La muchacha dio un salto hacia atrás. Situados frente a frente, Uss y Kturr se dispararon recíproca y simultáneamente.

Se oyeron dos rugidos de rabia y de dolor. Pero fueron unos sonidos de brevísima duración, interrumpidos cuando las gargantas que los emitían empezaron a convertirse en polvo.

Val se puso en pie de un salto y agitó las manos.

—¡Uf, qué peste! —comentó alegremente—. Leona, hay que abrir las ventanas.

Ella sonreía, aunque todavía estaba muy pálida.

—Eres mal enemigo —calificó.

—Supuse que podía ocurrir. Por otra parte, era lógico que Uss no quisiera testigos. ¿No sucedió así con los dos empleados de la Estación de Tránsito a los que sobornó en la Tierra?

—Tienes razón —convino Leona—. Dime, ¿seguirás buscando al futuro Protector?

—En estos momentos, lo que me preocupa es otra cosa —respondió

él,

—¿Sí, Val?

—Mi descendencia. Leona, ¿cómo saldrán nuestros hijos si me caso contigo?

La muchacha se ruborizó intensamente,

—¡Oh, Val! ¿De veras quieres casarte conmigo?

Val se acercó a ella y la abrazó estrechamente.

—Si una de tus abuelas fue terrestre, tener un esposo del mismo planeta no te resultará tan difícil, creo yo —contestó—. Pero... mi descendencia... —insistió, porque se daba cuenta de que no le abandonaba aquella preocupación.

* * *

Paseaban por un ameno parque. Subido a una roca, un hombre arengaba a una pequeña multitud. De cuando en cuando, sonaban voces de aprobación al discurso.

Había una hermosa muchacha junto al orador, mirándole arrobada. Val sonrió al presenciar la escena.

—Ahí tienes al futuro Protector de Dzanul —señaló.

—¿Cómo? ¿Urdoo? —se asombró Leona.

—Es el más indicado para el puesto.

—¿Se lo dirás a Barlon?

—No, no faltará quien le informe. Yo ya he terminado.

De pronto, soltó una risita.

—Y pensar que uno de los posibles candidatos era el propio Uss —dijo—. Pero yo no le hubiese seleccionado por nada del mundo.

—¿Conociste a más candidatos? —preguntó Leona.

—Sólo a Urdoo —mintió Val. Si Leona tenía que proteger a alguien, le protegería a él en exclusiva, se dijo.

—Sí, será un buen Protector —concordó ella.

Aquel mismo día, Leona despachó un espaciograma, dirigido al doctor Huberti, con el texto siguiente:

«Val y yo nos vamos a casar. Punto. Val preocupado por efectos mutación en futura descendencia. Punto. ¿No hay algún remedio para

volverle a la normalidad? Punto. Leona Mallee. Fin del mensaje.»

La respuesta de Huberti, recibida cuarenta y ocho horas más tarde, era muy escueta:

«Biblia, libro de los jueces, capítulo XVI, versículos 15 al 19.»

Inmediatamente, Leona se procuró una Biblia, porque había muchos terrestres en Dzanul y hasta allí había llegado el Libro Sagrado.

* * *

Val se despertó aquella mañana, fue al cuarto de baño y, con ojos todavía velados, se miró al espejo.

—¡Qué raro me noto! —murmuró. Y se metió en la ducha.

Al salir, volvió a mirarse al espejo para peinarse. Entonces fue cuando se dio cuenta de que tenía el pelo muy corto.

—Pero, ¿quién diablos...?

Se oyó una risita. Val se volvió rápidamente.

Leona, apoyada en la jamba, le miraba con cierto aire de burla.

—¿De qué te ríes? —le preguntó él.

—De tu pelo. Lo tienes muy corto.

—Me lo has cortado tú —adivinó Val.

—Lo admito.

—Pero, ¿por qué?

Leona le tendió el mensaje de Huberti.

Val lo leyó. Luego la miró con asombro.

—Esto... se refiere al pasaje de Sansón y Dalila. Ella le cortó el pelo mientras dormía, y así Sansón perdió sus fuerzas...

—Lo mismo te ha pasado a ti, Val.

—Pero..., ¿cómo crees que puedo admitir una fábula semejante? —tronó Val, indignado.

—Huberti me ha enviado un segundo mensaje —explicó Leona—. Entre los cabellos naturales que injertó en la piel de tu cráneo, había unos trescientos de finísimo hilo de cobre, recubiertos de pintura del mismo color que tu pelo natural. Esos hilos de cobre tenían la misión de recoger las radiaciones solares, como una especie de antena que llevabas continuamente sobre ti, y la energía que recibías era transformada en fuerza muscular y potencia mental. Por supuesto, algunos se te caían, como se cae el pelo de una persona de manera natural, y tú lo viste aquel día en el peine, porque se desprendió parte de la pintura en el hilo de cobre que se enredó entre las púas.

—O sea que ahora, salvo la figura, soy un ser normal.

—Efectivamente, cariño. No cambiarás de figura, pero tendrás solamente la fuerza adecuada. En cuanto a tu mente... —Leona suspiró—, serás un poco más zoquete, pero no me quejaré.

—O sea, el pelo largo que me dejó Huberti era un procedimiento especial suyo...

—Larguísimo de describir y difícil de entender, pero creo que eso no nos importa ahora, Val.

El joven sonrió.

—Creo que hay algo más importante para nosotros —dijo, acercándose a ella con los brazos extendidos.

Leona le esperó. Sonreía también.

FIN